

El celoso prudente

Tirso de Molina



Advertencia de Luarna Ediciones

Este es un libro de dominio público en tanto que los derechos de autor, según la legislación española han caducado.

Luarna lo presenta aquí como un obsequio a sus clientes, dejando claro que:

- 1) La edición no está supervisada por nuestro departamento editorial, de forma que no nos responsabilizamos de la fidelidad del contenido del mismo.
- 2) Luarna sólo ha adaptado la obra para que pueda ser fácilmente visible en los habituales readers de seis pulgadas.
- 3) A todos los efectos no debe considerarse como un libro editado por Luarna.

Personas que hablan en ella:

- El REY de Bohemia
- SIGISMUNDO, príncipe
- Don SANCHO, caballero
- LISENA, dama
- DIANA, dama
- LEONORA, princesa
- FISBERTO, viejo
- ALBERTO, infante
- ENRIQUE, marqués
- GASCÓN, lacayo
- CAROLA, criada
- ORELIO, criado

- LAURINO,criado
 - FULCIANO, criado
 - ACOMPAÑAMIENTO
-

ACTO PRIMERO

Salen LISENA y DIANA. LISENA tiene en la mano un librito de cera blanca encendido, y en la otra un papel que DIANA quiere quitarle

LISENA: No has de verle. Sueltalé;
que ya pecas de cansada.
Mira que le rasgaré.

DIANA: ¿Tú has de encubrirme a mi nada
bien lo que me amas se ve.
¡Tú a tal hora en el jardín

sola, con luz y papel,
sin que yo sepa a qué fin!
¿Merece saber mas de él
que yo esta murta y jazmín?
Si de testigos te enojas,
que hablar puedan en tu mengua
cuando cuentes tus congojas,
yo solo tengo una lengua,
e infinitas estas hojas.

Murmurar las siento aquí
con cualquier aura liviana,
y debe de ser de ti;
porque siendo yo tu hermana,
no te osas fiar de mí.

Lisena, suelta el papel
o dime lo que contiene
y a quien estimas en él.

LISENA: Ni que lo sepas conviene
ni una letra has de ver de él.

DIANA: ¿No soy tu hermana mayor?

LISENA: ¿Qué importa aquí el parentesco
donde el secreto es mejor?

DIANA: Pues que verle no merezco,
venta será del honor;
que por ser de mí estimado
en el extremo que entiendes,
a encubrirle te ha obligado.

LISENA: Bien sé, hermana, que pretendes
que te diga mi cuidado;
y por eso hablas así,
aunque en diverso conceto
estoy acerca de ti;
y pues te guardo el respeto
que tú me pierdes a mí,
ni de esa suerte me trates
ni por fuerza saber quieras
lo que es.

DIANA: Cuando te recates
de que sepa tus quimeras
y encubras tus disparates,
como en cosas del honor
no toquen, no soy curiosa;
mas soy tu hermana mayor.
Ésta es hora sospechosa;

el papel encubridor
de algún liviano suceso;
la luz, señal que procuras
publicar tu poco seso;
que el yerro que se hace a escuras
alivia a la afrenta el peso;
el sitio no conveniente
para quien profesa honor
y el riesgo que corre siente;
caviloso tu temor,
o al menos impertinente
pues has dado en recelarte
de mí con tan necio extremo.
Soy tu sangre, tengo parte
en tu mal o bien, y temo
no haya venido a engañarte
quien a tal hora provoca
tus deseos inconstantes;
que una travesura loca
es mal de participantes
que a todo un linaje toca.

LISENA: En mejor reputación

esté mi fama contigo.
No sé yo por qué razón
me das antes el castigo
que mi culpa la ocasion.
Mis pensamientos, si en ellos
se han fundado los enojos
con que intentas ofendellos,
tan altos son, que tus ojos
no han de alcanzar ni aun a vellos.
Si eres mi mayor hermana,
y temes que he de ofenderte,
trátame mejor, Diana;
y si malicias, advierte
que la malicia es villana
y que, aunque en los nacimientos
tu edad más respetos cobra,
te aventajo en pensamientos,
pues del valor que les sobra
te puedo dar alimentos.
Si aquí a tal hora me ves,
advierte, aunque maliciosa,
crédito a quimeras des,

que no hay hora sospechosa,
si la persona no lo es.
Y que como no la esmalta
el sol, de los cielos vida,
por si algun temor me asalta,
vengo con luz encendida,
supliendo lo que le falta,
señal que no ha de temerse
cosa indigna de mi ser
y que de mí ha de creerse,
que aun de noche no sé hacer
cosa que no pueda verse.
Este papel que ha causado
la inquietud que en ti se ve,
aunque le hayas injuriado,
basta que en mi mano esté,
para estar calificado.
Y el sitio, pues yo le piso,
da nuevo ser a su ornato
y a tus sospechas aviso
y, aunque culpes mi recato
porque llamarte no quiso,

no importa; que él es discreto,
y yo basto a dar valor
contra tu rüin conceto,
sitio, noche, temor,
la luz, papel y el secreto.

DIANA: Pues ¿puédesme tú negar,
que enamorados desvelos
no te han hecho trasnochar?

LISENA: Mas ¿si me pidieses celos?

DIANA: Bien sabes que no sé amar,
y que hasta agora no ha habido
quien me haya puesto en cuülado.

LISENA: Ya yo sé que te has querido
alzar con el principado
de la crueldad y el olvido
y que cuantos quieren bien,
una Anajarte alemana
en tu severidad ven,
siendo en el nombre Diana
como en belleza y desdén.
Y así yo que con temor
ando de ver el extremo

de tu intratable rigor,
huyo de ti porque temo
a quien nunca tuvo amor.

DIANA: ¡Gracias a Dios que he sacado
en limpio esta confusión!

En fin, ¿amor te ha quitado
el sueño, y como ladrón
de noche te ha salteado?

Ya, pues los principios sé,
saber puedo lo demás.

¿Quién el venturoso fue,
en cuyo papel estás
deletreando su fe?

Dime, Hermana, la verdad.

Ea...

LISENA: Háceseme grave
descubrir mi voluntad

a quien, porque amar no sabe,
es de ajena facultad.

DIANA: No tanto, que aunque no adore,
ni tus desvelos imite,
favorezca, escriba y llore

ni la práctica ejercite
vuestra teórica ignore.
De amor sé la pasión ciega
quizá mejor que quien tira
sus gajes y al centro llega
de su esfera; que quien mira,
más alcanza que el que juega.
Conservo mi libertad;
mas no porque no consiento
tu amorosa ceguedad
eches al entendimiento
culpas de la voluntad.
Acaba; declaraté.

LISENA: ¿Haste de enojar conmigo?

DIANA: ¿Tan baja tu elección fue
que estás temiendo el castigo
si la prenda que amas sé?

LISENA: Antes es tan generosa
que entiendo, en siendo sabida
de ti mi elección honrosa,
que me llames atrevida
y me riñas envidiosa.

DIANA: ¡Válgame Dios! ¿Quién será este hipócrita de amor?

¡Para aqueste monte ya!

LISENA: Si el conde de Peñaflores fuese el que ocasión me da de estimarle, ¿qué dirías?

DIANA: Que a tu sangre corresponde el amor que en ella crías.

LISENA: ¿Y si fuese más que el conde?

DIANA: ¿Más que el conde? Desvarías.

LISENA: ¿Si Enrique de Oberisel, del rey privado y sobrino, me escribiese este papel...?

¿No es más galán? ¿No es más dino que el conde?

DIANA: Es monstro con él.

La alemana bizarría
a la avergüenza en su presencia.

¡Dichosa tú, hermana mía!

LISENA: Si me amase una excelencia, en vez, de una señoría, con más razón te admiraras.

DIANA: ¿Excelencia?

LISENA: El duque Arnesto

¿no puede, si en él reparas,
aarme con fin honesto?

DIANA: Señales vas dando claras

que estás loca. Un caballero

es nuestro padre, leal,

de noble sangre y acero

que tuviera más caudal

a querer ser Ilsonjero;

y, por igualar su hacienda

con la altiva inclinación

que su valor me encomienda,

doy desdeñosa ocasión

a que amor de mí se ofenda;

que a falta de fundamentos

del oro, que no hace caso,

ni admite merecimientos,

por no casar mal, me caso

con mis mismos pensamientos.

Mira tú, siendo mi hermana,

y no con mayor tesoro,

si es la elección que haces vana
cuando Amor con flechas de oro
hiere, por lo que en él gana.

Si el duque a amarte se mueve,
tomará a censo tu honor;
mas mira que si se atreve,
no hay noble buen pagador
ni es príncipe el que no debe.

LISENA: ¿Basta a que de la grandeza
de una excelencia admirar
le dé ocasion la pobreza?

Pues aun más te has de espantar
cuando me llames alteza.

DIANA: Anda, necia.

LISENA: Ese retrato

Sácale

antes que leas el papel,
diga si verdad te trato.

DIANA: A Sigismundo veo en él.

LISENA: Y antes que pase gran rato,
verás el original
de ese gallardo traslado.

DIANA: En amor tan desigual
donde el pincel ha firmado,
recelo algún grande mal.

Sigismundo es heredero
de Carlos, rey de Bohemia;
Tú, hija de un caballero,
a quien la Fortuna premia,
más en sangre que en dinero.

El Rey espera a Leonora,
de Hungría infanta, y tan bella,
que hasta la envidia enamora,
oara que case con ella
el príncipe que la adora.

Por ella en Belgrado está
su hermano el infante Alberto,
y deben de llegar ya
pues si el casamiento es cierto
de quien retratos te da,
¿qué puedes tú pretender

de tan desigual amor,
ni qué alteza puede haber
que no derribe tu honor,
no siendo tú su mujer?

LISENA: Satisfágate a esa duda
ese papel, que ya puedes
ver discreta y guardar muda
oara que segura quedes
y Amor a mi dicha acuda.
Y sin hacer más espantos,
callando tu discreción,
advierte en favores tantos
que es carta de obligación
pero no con "sepan cuantos";
que en saberlo pocos, creo
que el fin que espero verás
y de mi honra el empleo.

DIANA: ¡Qué satisfecha que estás!

LISENA: Veráslo si lees.

DIANA: Pues, leo.

Lee

*"Mi padre el rey, prenda mía,
me da esposa y no sois vos,
como si Amor, siendo dios,
preciase estados de Hungría.
Antes que llegue este día
esta noche Amor concierto
daros la posesión cierta
que a Leonora os adelanta
porque en viniendo la infanta,
halle cerrada la puerta.
La mano os tengo de dar
sin poner mi amor por obra
que no soy como el que cobra
sin intención de pagar.
Sólo os quiero asegurar
que en honesto amor me fundo
y que, desmintiendo al mundo,
contra el gusto y el poder,
sabe amar sin ofender
a su esposa, --Sigismundo."*

A tan segura firmeza,
tan nunca visto valor,
tan no esperada grandeza,
¿qué mucho triunfe tu amor
de la mudanza y pobreza?
Sólo Sigismundo es
quien nombre puede adquirir
de amante firme y cortés
que el hacer junta al decir
y da afrenta al interés.
Ya por él perfeto queda
el amor, a quien obliga
a que estimarse en más pueda,
que estaba lleno de liga
como la baja moneda
y en el fuego del valor
con que su fama acredita
sabe apartar del amor
la mezcla del apetito
para acendrarle mejor.
A amar tu pobreza vino,
quilatando su decoro;

que amor desnudo y divino
cuanto está más limpio de oro,
tanto es más perfeto y fino.

Injuria, hermana, me has hecho
el tiempo que no me has dado
cuenta de tu honra y provecho.

LISENA: Aunque amor comunicado
dicen que dilata el pecho,
temí la envidia, Diana,
que te pudiera causar.

DIANA: No es mi inclinación villana.

LISENA: No, mas es propio envidiar
una hermana a la otra hermana.

DIANA: Pues ¿puédeme estar mal, di,
que en Bohemia el reino goces?

LISENA: Ya lo ves

DIANA: Pues que de mí
lo que te quiero conoces,
deposita desde aquí
secretos dentro la esfera
de mi pecho que, constante,
verte ya reinar quisiera.

LISENA: Mal sabrás, no siendo amante,
saber servir de tercera.

DIANA: Todo el ingenio lo alcanza.
mas dime, ¿qué tanto ha
que entre el temor y esperanza
el príncipe por ti está
dando guerra a la mudanza?

LISENA: Que me quiere bien, ha un año
me jura, y que yo lo sé
un mes.

DIANA: ¡Sufrimiento extraño!
¿Y quién el Mercurio fue
de este provechoso engaño?

LISENA: Harto humilde, te prometo.
Gascón, lacayo de casa,
a falta de otro sugeto,
es arcaduz por quien pasa
nuestro amoroso secreto.
El príncipe le ha pegado
parte de su discreción
y de él el alma fiado.

DIANA: Tiene buen humor Gascón.

LISENA: Bien conmigo lo ha mostrado;
pues entre burlas y veras,
introducir ha sabido
en mi pecho estas quimeras.

DIANA: De ordinario, hermana, han sido
las gracias lindas terceras.
No desecha ripio Amor,
que es dios muy aprovechado,
pues al humilde favor
de un hombre bajo, ha obligado
de Sigismundo el valor.

LISENA: Y tanto, que él solo tiene
de su secreto la llave.
Con él solo a verme viene
de noche; que otro no sabe
la pena que le entretiene.
De manera que es de día
de nuestro padre criado
de los de menor cuantía;
pero de noche privado
del que menosprecia a Hungría.

DIANA: Milagros del amor son,

que coronas atropella.

¿Y entra otro más que Gascón
en la danza?

LISENA: Una doncella,
a quien han dado ocasión
mis desvelos de acecharme,
sabe algo de esto también.

DIANA: No haces, pues, mucho en fiarme
tu pecho, si otros le ven.

LISENA: No ha bastado el recatarme.

DIANA: ¿Fue Carola la curiosa?

LISENA: Sí, hermana; mas solo sabe
que de mi pena amorosa
es el dueño un hombre grave
que me sirve para esposa;
sin que del príncipe tenga
ni sospecha ni noticia
ni conmigo al jardín venga.

DIANA: Importa que a la malicia
Amor discreto prevenga.
Princesa has de ser, en fin.

Y ¿por dónde te entra a hablar?

LISENA: Llave tiene del jardín.

DIANA: Seguro puede llegar,
si eres tú su serafín.

Y mi padre, estando ausente,
no estorbará tu ventura,
que el cielo, hermana, acreciente.

LISENA: Mira qué alegre murmura
esta jardín, esta fuente;
pues entre dientes me avisa
que el príncipe viene ya.

¿No ves aumentar su risa?

¿No ves el olor que da
el suelo en que flores pisa?

Pues todas señales son
de que Sigismundo ha entrado.

DIANA: ¡Sabrosa exageración!

*Salen SIGISMUNDO y GASCÓN, como de
noche,
hablando en el fondo*

SIGISMUNDO: La noche se ha desojado
en ver mis dichas, Gascón.

Ojos son esas estrellas,
con que hecha un Argos pretende
ver mi amor por todas ellas.

GASCÓN: Pues luminarias enciende,
tus bodas anuncia en ellas.

SIGISMUNDO: Agradécele el favor
con que a ayudarme ha venido
vestida de resplandor.

Dila algo.

GASCÓN: En mi vida he sido
culto versificador;

mas pues tú lo mandas, vaya.

Zarca antípoda de Febo
que hecho este jardín Pancaya

para alumbrarle de nuevo
bordas de estrellas tu saya;

tú que al amante prometes
favores como al ladrón

y acompañando corchetes
como si fueras jubón

estrellas traes por ojetes;
tú que sustentas con ellas
ya el favor y ya el desdén
y mientras brillas centellas
haciendo el cielo sartén
sus yemas rubias estrellas;
bien pudiera, pues que vuelas
con tan estrellado bulto
decirte --y aun lo recelas--
con cierto poeta culto
que estás llena de viruelas
o que como eres curiosa,
entre el resplandor hechizo
nos muestras la cara hermosa
con tanto lunar postizo
que ya pecas de pecosa;
pero sólo digo, en fin,
que más bella que otras noches
vienes hoy a este jardín
llena de dorados broches
desde el copete al chapín
y que de los cielos bellos

donde es bien que te rotules,
pudieras, a sufrirlo ellos
por lo que tienen de azules,
cortar cambray para cuellos.

SIGISMUNDO: Anda, necio.

GASCÓN: Al uso es esto.

LISENA: ¡Ay Diana! Vesle allí.

DIANA: Despejarte quiero el puesto
hasta que sepa de ti
que soy de Amor tan honesto
medianera.

LISENA: La luz mato.

DIANA: Haces bien. Aquí te espero;
que siempre es cuerdo el recato.

LISENA: ¿Y el papel?

DIANA: Guardarle quiero,
envuelto en él el retrato.

*Échase DIANA en la manga el retrato y el
papel, y apártase a un lado*

LISENA: ¡Príncipe!

SIGISMUNDO: Lisena mía,
ya es medio día, ya en verte
se ausentó la noche fría.

GASCÓN: (Veremos de aquesa suerte
Aparte
estrellas al mediodía.)

SIGISMUNDO: Recelos húngaros son
los que el deseo apresuran,
pues para satisfacción
del amor que en ti aseguran,
te entregan su posesión.

Dicen que viene la infanta
a injuriar merecimientos,
mi bien, de hermosura tanta;
y para que impedimentos
con que Amor niño se espanta
mi dicha no hagan dudosa,
mi esperanza determina,
Lisena del alma hermosa,
que esta noche sea madrina,
y tú mi adorada esposa.

LISENA: El crédito has restaurado,
príncipe, que en los señores
por no pagar se ha quebrado;
pues siendo todos deudores,
tú pagas adelantado.

No estados podré ofrecerte
cual la infanta, Sigismundo,
aunque mi amor es de suerte
que tiene cual mar profundo
infinitos en quererte.

Rey serás desde este día
de un alma humilde que adora
tu amorosa cortesía,
puesto que envidio en Leonora
no el amarte sino a Hungría.

Mas ya que en estados reales
más ilustre la haga Dios,
consolaránse mis males
en que a lo menos las dos
somos en almas iguales,
y en esto mi dicha fundo,
más que ella en su real blasón

pues siendo de Sigismundo,
estimo más tu elección
que las coronas del mundo.

SIGISMUNDO: Paguen esa fe, Lisena,
mis brazos, de Amor tusón.

Noche alegre, quinta amena,
si porque mis bodas son
sin testigos, os dan pena,
padrino el silencio sea;
estos cuadros, reales salas,
que himeneo alegre vea;
las flores, telas y galas,
que teja y vista Amaltea;
mis deseos, convidados;
músicos, aquestas fuentes
y arroyos de Amor templados,
que den tono asus corrientes
y hagan fugas por los prados;
vos, jazmín, murta, arrayán,
aromas que al aura pura
fragancia en sus flores dan...

GASCÓN: Y yo vendré a ser el cura

o al ménos el sacristán.
Deja el arroyo templado,
el arrayán, murta y flor,
viento, fuente, jardín, prado
--que has de darle cuenta a Amor
de ese tiempo mal gastado--
y empieza tus aventuras;
que si Amor anda con venda
en fábulas y pinturas,
es porque siempre encomienda
al amante que obre a escuras.
Estas violetas que ves,
su tálamo os pueden dar,
si agora alfombra a tus pies.
Solos os quiero dejar;
que al tronca de aquel ciprés
me espera un sueño liviano,
y darle dos filos quiero.
Tahur es Amor tirano,
este jardín tablajero;
jugad los dos mano a mano,
y tiraos como enemigos

los restos; que yo os prometo
que estáis picados, amigos.

Apártase GASCÓN

SIGISMUNDO: Al Amor llamó un discreto
escritura sin testigos.

No hace su honesta lucha
de anfiteatros caso
donde mira gente mucha.
Dadme pues...

LISENA: Príncipe, paso;
que hay aquí quien os escucha.

No solo os imaginéis;
que mi ventura ha traído
un testigo que estiméis
y a serlo agora ha venido
de la merced que me hacéis.

Diana fue salteadora
de los secretos de Amor
y, aunque sus leyes ignora,

ensalza vuestro valor
y vuestra grandeza adora.
Dadla licencia que os hable.

SIGISMUNDO: Gracias le debe este gusto
por ella comunicable.

LISENA: A mi amor honesto y justo
el cielo se muestra arable,
pues todos le favorecen.
Hermana, el príncipe os llama.

Llega DIANA

DIANA: Tantas mercedes me ofrecen
con que ensalce vuestra fama
las glorias que os engrandecen,
gran señor, que puesta en duda,
para no haceros agravio,
cuando a alabaros acuda,
podré decir con un sabio
que la copia me hizo muda.
Que como la admiración

es del silencio señal,
me ha causado confusión
el ver que un sujeto real,
digno de veneración,
cual vuestra Alteza, se agrada
de realzar nuestra bajeza.
Aunque no ignoro espantada
ser propio de la grandeza
el dar ser a lo que es nada.

SIGISMUNDO: Vos lo habéis dicho tan
bien,
que a pesar de la opinión
que culpa vuestro desdén,
la hermosura y discreción
hermanarse en vos se ven.
Estimad vuestra ventura;
que porque os llevéis la palma,
quiere que rindáis segura
con la discreción el alma,
los ojos con la hermosura.
Y no reinos, ni riqueza
creáis que son el tesoro,

Diana, de más grandeza.
Los diamantes, plata y oro,
se crían en la aspereza
de una infrutífera sierra;
las perlas que el mundo estima,
una concha las encierra;
la púrpura que sublima
la vanidad de la tierra,
es sangre de un vil pescado;
las piedras que el sol congela,
un monte las ha criado;
las sedas de tanta tela,
que dan soberbia al brocado,
un gusanillo pequeño
las hila de sus entrañas.
Sacad su valor del dueño.
Las monarquías extrañas
que la ambición funda en sueño,
tal vez dan blasones reales
a un bárbaro sin razón;
mas no dotes naturales
de hermosura y discreción

porque esos son celestiales.
Y pues esto os engrandece,
dejad la admiración ya;
que mi elección apetece
en más lo que el cielo da,
que lo que la tierra ofrece.

Sale CAROLA

CAROLA: (¡Válgame Dios por señora,
Aparte
por amor y por jardín!
Desde que el sol el mar dora,
hasta que con su carmín
sale el alba a ser pintora,
¿desvelada y quimerista
enjardinada has de estar?
No hay quien al sueño resista,
y ya de puro velar
se me entorpece la vista.
Divorcio hace con la cama

Lisena, y da en jardinera;
y con ser de un galán dama,
y haberme hecho su tercera,
sé que adora, y no a quién ama.

Pues procúrese guardar
de mí; que siendo mujer,
bien pudiera adivinar
que reviento por saber
y, en sabiendo, por hablar.

Escucbarélos de aquí.

GASCÓN: (Carola es ésta: tentarla
quiero.) ¡Ah, mi reina!

CAROLA: ¡Ay de mí!

¿Quién es?

GASCÓN: Quien por adorarla,
vive en ella y no esta en sí.

Tierna comunicación
a su señora entretiene
aquí. ¿Habrá conversación?

CAROLA: ¿Luego él con su amante viene!

GASCÓN: Vengo por su motilón

y por servidor leal
de esa cara.

CAROLA: Apartesé;
que ese nombre huele mal.

GASCÓN: Es de noche, y me vacié.

CAROLA: Diga "agua va," pesia tal,
y hable más limpio, si intenta
que no me vaya.

GASCÓN: Yo busco
una trucha con pimienta,
una viña con rebusco,
y una huéspedada sin cuenta.

CAROLA: Pues yo, hermano, no pretendo
a quien busca gangas muchas,
y que me pesque definiendo,
porque no se cogen truchas...
Ya lo entiende.

GASCÓN: Ya lo entiendo.

CAROLA: Si rebusco busca en viña,
no hay en mí qué rebuscar;
que estoy en cierce, y soy niña
en agraz por madurar...

GASCÓN: (Si lo jura su basquiña...)

Aparte

CAROLA: ...huésped soy; mas si intenta,
cuando disgustos despueblo,
comer, irse, y no hacer cuenta,
pique; que cerca está el pueblo
y no hay posada en la venta.

GASCÓN: Discretaza eres. Ser quiero
perdigón de tu reclamo.

CAROLA: ¿Quiero, dijo? ¡Ay qué grosero!
Sepamos quién es su amo
y quién es él; que me muero
de este antojo, y, podrá ser,
que algun monipodio hagamos.

GASCÓN: Vaya, pues has de saber...

CAROLA: ¿Tan presto nos tuteamos?

GASCÓN: Soy hombre y eres mujer.

CAROLA: ¿Quién son los dos? Que recelo
que nos quieren dar papilla.

GASCÓN: Caballeros, vive el cielo
sino que éste lo es de silla
y yo caballero en pelo.

A medias gano salario
de dos amos por su turno
a quien sirvo de ordinario:
de adelantado al diurno
y a esotro de secretario.
Causaráte maravilla
este modo de servir;
pues advierte que en Castilla
por mí se vino a decir
lo de aquella seguidilla:

*"Dime qué señas tiene,
niña, tu hombre"
"Lacayito de día
bufón de noche."*

CAROLA: Tan en ayuno me quedo
de saber quién es, como antes.

¿Quién es su señor?

GASCÓN: No puedo
decirlo; que en los amantes
el secreto quita el miedo;

mas si me das un favor,
todo lo desbucharé.

CAROLA: ¿Qué quiere?

GASCÓN: ¿No hay cinta o flor,
guante de la mano o pie,
y otros dijes de amor?

CAROLA: Díerale yo este listón;
mas pediráme el que trato
cuenta de él, y con razón.

GASCÓN: Lo contado come el gato.
¿Es el dichoso Gascón?

CAROLA: ¿Gascón? ¡Gentil desatino!
¿Yo amores con un gabacho
que a casa en *puribus* vino?

GASCÓN: ¿En *puribus*?

CAROLA: Es borracho
y anda en cueros como el vino;
mas cúmplame a queste antojo
y hele aquí.

GASCÓN: Venga el listón;
que ya de celos me enojo.

¿Ha de olvidar a Gascón,

y escogerme á mi?

CAROLA: Sí escojo.

GASCÓN: ¿Olvidarále?

CAROLA: ¡Jesú!

Dale ya por olvidado.

GASCÓN: ¿No es monazo?

CAROLA: De Tolú.

GASCÓN: ¿No es un puerco?

CAROLA: Socarrado.

¿Qué falta?

GASCÓN: Escupirle.

Escupe

CAROLA: ¡Pu!

GASCÓN: (La mitad de tu apellido

Aparte

escupiste.) Digo pues,

ya que obligarme has querido,

que este caballero es...

CAROLA: ¡Ay Dios!

GASCÓN: ¿Qué sientes?

CAROLA: Ruido.

¡Lisena, señora mía,
tu padre en casa!

LISENA: ¡Ay de mí!

SIGISMUNDO: ¿El pesar tras la alegría?

DIANA: Véte, gran señor, de aquí.

GASCÓN: (La fiesta se queda fría.)

Aparte

SIGISMUNDO: Ya, mi bien, que sois mi
esposa,
no temo siniestro fin.

Adiós mi Diana hermosa.

LISENA: La puerta está del jardín
abierta.

Vase SIGISMUNDO

GASCÓN: Pues es forzosa,
la amistad que hemos trabado,

¿cómo te llamas?

CAROLA: Carola.

GASCÓN: Dolor de tripas me has dado;
mas por esa causa sola
traeré el cuello escarolado.

Vase GASCÓN. Salen ORELIO, con una hacha encendida, hablando aparte con FISBERTO, viejo

FISBERTO: ¿Hombre, dices que salió del jardín?

ORELIO: ¿No ves abierta la puerta?

FISBERTO: Y con ella abrió sospecha a mi agravio cierta quien en él de noche entró.

Alumbra. ¿Quién está aquí?

LISENA: ¡Oh, señor! Seas bien venido.

FISBERTO: Vine y vi; mas no vencí, pues miro el honor perdido

que industrioso conseguí.

¿Qué hacéis las dos a tal hora
y en tal sitio?

LISENA: Es el calor
del sueño enemigo agora
y huyendo de su rigor,
pedimos alivio a Flora.

FISBERTO: ¿Y abrístele, para echalle,
la puerta?

DIANA: Lugar seguro
es el jardín, sin cerralle,
pues sale el postigo al muro
y no a la plaza y la calle.
Deja agora, señor, eso
y dinos si traes salud.

FISBERTO: Que lo imaginé confieso;
mas la falta de virtud
quitan la salud y el seso.
La que yo tenía era cierta
pero tan mal me ha tratado
quien darne muerte concierto,
que el honor me ha registrado

el cierzo de aquella, puerta.

¿Qué hombre fue el que salió
por ella agora?

DIANA: ¿Qué dices?

LISENA: ¿Hombre aquí?

FISBERTO: Diréis que no
pero lo que tú desdices
colíjo en la cara yo.

DIANA: Si no volviera por mí

la opinión que de intratable

en el mundo conseguí,

temiera algún mal notable

que ver que me hables así.

¿Sabes que Bohemia sabe

en lo que mi honor se precia

sin que de humanarese acabe

y que en opinión de necia

estoy por honesta y grave?

Pues ¿qué sospechoso humor

quitarme intenta este nombre,

sin estima de mi honor?

La sombra no más de un hombre

suele causarme temor.

Mi hermana, ya es cosa cierta

lo que su fama procura.

No culpes jardín ni puerta.

FISBERTO: Sin puerta aun no está segura

la honra en mujer y huerta,

cuanto y más haciendo prueba,

abriéndola, del rigor

con que un viento se la lleva;

que a Adán le quitó el honor

estando en un jardín Eva.

Estáis en jardín, y crece

el deseo, y cuando vaya

al natural que apetece,

podréis decir que bien haya

quien a los suyos parece.

Carola, di la verdad.

¿Quién era el que estaba aquí?

CAROLA: Yo, señor...

FISBERTO saca la daga

FISBERTO: De mi crueldad
entenderás...

CAROLA: ¡Ay de mí!

Uno de la vecindad
buscaba--aquesto es sin duda--
de parte de la comadre...
deja la daga desnuda...
para cierto mal de madre,
unos cogollos de ruda.

FISBERTO: Vive el cielo, que ha de ser
hoy sepulcro este jardín
vuestro, o tengo de saber
qué hombre, o para qué fin
acabáis de hablar y ver.

DIANA: Ya no se puede esperar
tanta afrenta y vituperio.

¿Eso se ha de imaginar
de mí? Iréme a un monasterio,
y podráste asegurar.

FISBERTO: ¡Ah mujer, al fin lijera!

DIANA: Por no serte inobediente,

me voy.

*Hace que se va, y tiénela FISBERTO de la manga
donde escondió el papel*

FISBERTO: ¿Dirás que es quimera
lo que yo he visto? Detente.
¿Qué papel es éste? Espera.

Sácale el papel y el retrato

DIANA: ¿Es nuevo traer papeles
en la manga una mujer?

FISBERTO ¿Cuándo tú traerlos sueles?
Bueno! ¿Estudios vengo a ver
de plumas y de pinceles?

Lee

Regalado está el papel,
y el príncipe en su retrato
se muestra amoroso y fiel.
¿Eres tú la del recato,
la desdeñosa y crüel?
¿Creyendo a un príncipe estás,
que mañana ha de casarse?
¡Bien tu sangre honrando vas!
¿Papeles que han de rasgarse
cobras, cuando tu honra das?
¿Es más aquesta pintura
de un papel en que trabaja
el engaño, pues procura
la deshonra en su baraja
darte un rey sólo en figura?
Da crédito a firmas fieles,
funda en ella tus cuidados;
sabrás, cuando más reevles,
que a mujeres y a soldados
paga un príncipe en papeles.
¿Eres tú la recatada?

LISENA: (Ya lloro de mi secreto
Aparte
la dicha desbaratáda.)

Aparte a LISENA

DIANA: Por sacarte de este aprieto,
tengo de ser la culpada.

FISBERTO: ¿Y tú, Lisena, a terciar
en mi afrenta te enseñaste?

¡Bien te sabes estimar!

LISENA: Al punto que aquí llegaste,
acababa yo de entrar,
el hombre que salir viste,
de mí debió de irse huyendo,
el tiempo que tú veniste;
mas de aquí saco y entiendo
que en un engaño consiste
cualquier vana hipocresía.
Ya sabemos a que fin
se echaba a dormir de día

y en retrato a Sigismundo.
¡En gentil reina había puesto
Bohemia su monarquía!
Castígala, señor, presto.

A DIANA aparte

Perdóname, hermana mía,
que, me va la vida en esto.

Vanse LISENA y CAROLA

FISBERTO: Quien loca imposibles prueba,
y a subir se desvanece
a donde el viento la lleva,
cuando caiga, bien merece
que cualquiera se le atreva.
De ese retrato te asombra,
si a cobrar tu seso vienes,
pues si su esposa te nombra

y, en sombra al príncipe tienes,
princesa serás en sombra.
Y mientras yo voy a hablar
al rey y a poner cordura
a quien te viene a burlar,
descarta aquesa figura
y tu honor podrás ganar.

Vanse FISBERT y ORELIO

DIANA: ¡Gentil fraterna me jan dado!
Basta, que llevo la pena
de lo que nunca he pecado;
mas como reine Lisena,
yo lo doy por bien empleado.
Con este enredo codicio
darle a Amor su posesión;
pues de tercera es mi oficio,
seré amante en opinión
pues no puedo en ejercicio.

Vase DIANA. Sale en REY de Bohemia, viejo, y ALBERTO, infante

ALBERTO: Una jornada, gran señor, de Praga

queda Leonora, infanta, donde espera el palio real, que en parte satisfaga la ausencia de su patria, en ella fiera.

Si Amor servicios de este modo paga, y el príncipe la dicha considera

que los cielos le ofrecen con Leonora, no a la infanta de Hungría, al sol adora.

Disimula prudente la tristeza

que, a pesar de su industria, por los ojos no agravia, antes aumenta su belleza;

que suelen ser afeite los enojos.

Causarálos mudar naturaleza,

si ya no es que acierten los antojos de quien afirma, más que fuera justo,

que se casa la infanta a su disgusto.

Tibio también a Sigismundo advierto

en estas bodas. Poco se disfraza.

Al camino creímos que encubierto
saliera a ver la infanta y que la caza
su amor coloreara; mas lo cierto
es que en otros empleos se embaraza
voluntad que a tal tiempo es tan remisa
si Amor a los principios todo es prisa.

REY: Pues bien, ¿qué me querrás decir
por eso?

ALBERTO: ¡Ay Rey! ¡Ay padre! Si el princi-
pio mío

tu sangre fue, y es cierto que intereso
de ella el amor, por quien vivir confío;
si aquesta mano que obediente beso,
por afrentar larguezas de Darío,
con que al monarca macedón excedes,
se llama mano por manar mercedes.

Ansí al bohemio reino jamás falte
tu vista venerable; ansí preserve
el tiempo tu vejez sin que le asalte
decrépito rigor que en ti reserve;
ansí la eternidad su trono esmalte

en esa plata, donde se conserve
una vida inmortal, sin que venganza
des jamás al olvido y la mudanza;
que el reino del Amor no tiranices,
ni voluntades con violencia enlaces;
que no la fuerza doma las cervices
del tálamo himeneo que deshaces.
Cuando campos de plata esterilices
que entre los lazos de amorosas paces
hijos producen con que eterno queda,
no habrá quien en los reinos te suceda.
Yo, padre caro, que a Leonora adoro
y en sus ojos recíprocos colijo
correspondiente gusto, en lazos de oro
de sus cabellos mi prisión elijo.
Sigismundo no la ama. Si el decoro
de mi vida te mueve, el ser tu hijo
y no me quieres presto llorar muerto
agrada a Sigismundo. Obliga a Alberto.
Acción tengo a Sajonia; en su conquista
feliz, asiste el español don Sancho;
ya dicen que ha rendido a escala vista

las poblaciones de su término ancho
y, como tu rigor no lo resista,
si con Hungría su ducado ensancho,
la fama vencerás de tus mayores
y dejarás dos reyes sucesores.

REY: No merece respuesta quien no
estima

palabras reales que respeta el mundo.

Tu necio amor sus ímpetus reprima
sin culpar el que tiene Sigismundo;
que ni Leonora el suyo desestima
ni tú, que en nacimiento eres segundo,
cuando en Sajonia por su duque quedas,
es justo que como él, un reino heredes.

ALBERTO: Pues, ¡vive el cielo...!

REY: Loco, ¿qué es aquesto?

ALBERTO: Que si a otro que a mí su esposo
llama...

REY: ¡Tú conmigo atrevido y descom-
puesto!

¡Hola! ¿No hay gente aquí?

ALBERTO: ...que en viva llama

¿Qué será? ¡Válgame el cielo!
Llegáos aquí y excusad
preámbulos y rodeos.

FISBERTO: La noticia que de mí
os dieron mozo mis hechos,
gran señor, aunque olvidada,
no del todo se habrá muerto.

De ella habréis ya colegido
la lealtad con que os sirvieron
mis nobles progenitores,
imitándolos yo en esto.

Testigo el pobre caudal
con que su opinión sustento;
que privar y salir pobre
limpio nombre da, aunque nuevo.

Hanme quedado dos hijas
con cuya vista consuelo
servicios no bien pagados
si no es en merecimientos.

REY: ¿Querréis, Fisberto, pedirme
sus dotes? Yo os los concedo.

¿Es éste el caso importante?

FISBERTO: No dotes, señor, pretendo;
que los de naturaleza
tienen y los que las dieron
sus nobles antepasados,
que son los que estimo y precio.
Bástales ser hijas mías;
que si nobles casamientos
mi vejez apeteciera,
no viniera a lo que vengo
ni algún príncipe faltara
que, llamándose mi yerno,
ensalzara prendas mías
hasta su trono supremo.
Diana, que es la mayor,
y en los altos pensamientos
mi natural semejanza,
tan sublimes los ha puesto
que el príncipe Sigismundo
es, gran señor, por lo menos,
el blanco de su esperanza
y de su amor el sujeto.

REY: No será la primer loca

que dando en esos extremos
con príncipe bodas finja
y pare su tema en reinos.

¿Qué quieres decirme más?

FISBERTO: Por locura pasara esto,
si el príncipe, gran señor,
no hubiera sido el primero
que, a pesar de inconvenientes,
menospreciando conciertos
que con la infanta Leonora
por él en Hungría has hecho,
persuadiera la entereza
de Diana al fin honesto
con que la iglesia permite
vivir un alma en dos cuerpos.

REY: ¿Sigismundo con Diana?

FISBERTO: Ésta es verdad.

REY: Anda, necio.

Ya sé que se ha concertado
contigo el infante Alberto
para que me persuadas
que el príncipe, aborreciendo

a Leonora, pronostica
infeliz su casamiento.

FISBERTO: De mi hacienda vine anoche,
hallé mi jardín abierto,
vi salir un hombre de él
y estar mis dos hijas dentro.
Sospechas averigüé;
que en este papel perdieron
el nombre, pues ya no son
sospechas indicios ciertos.

*Dale al REY el papel y el retrato, y
mírale*

Léele, y mira este retrato
y si tomas mi consejo,
no con alborotos hagas
agravio al sabio silencio;
que yo casaré a Diana,
buscando algún caballero
igual a su sangre y dote

con la brevedad que veo
que para este caso importa;
y puesto este impedimento
volverá el príncipe en sí.
Será de la infanta dueño,
y yo quedaré premiado
con que sepan que he antepuesto
la lealtad a una corona
que me daba reyes nietos.

REY: Fisberto, si yo supiera
el valor que en ese pecho
atesora tu lealtad,
tú ocuparás otro puesto;
mas yo enmendaré descuidos.
Tomar quiero tu consejo
sin que, cual dices, enojos
publiquen lo que es secreto.
Bien me parece que cases
a Diana, y que sea luego;
que en el peligro presente
es el más arduo remedio;
pero ha de ser de mi mano

el esposo; que ya quiero,
aunque tarde, comenzar
a pagar lo que te debo.

Don Sancho de Urrea merece,
por noble, pues descendieron
de los reyes de Aragón
los que a su casa ser dieron;
por valeroso, cual muestra
Sajonia, por cuyos hechos
rendida me reconoce;
por su noble entendimiento,
y por su edad, no liviana,
como en los años primeros,
cuya mudable inquietud
mil mal casados ha hecho,
sino en madurez viril,
que los gustos Himeneos,
para que duren felices,
tasa sabio, y goza cuerdo;
y, en fin, porque yo le estimo
y darle estados pretendo
que el ambicioso murmure

y no indignen al discreto,
me parece que será
merecido y justo empleo
de tu lealtad y mi gusto.

FISBERTO: Agradecido te beso,
gran señor, tus pies reales;
que a medida del deseo,
dueño a mi casa has cortado.

*Salen SIGISMUNDO, ALBERTO, y GASCÓN,
hablando aparte
los tres*

SIGISMUNDO: Los brazos te diera, Alberto,
a no estar mi padre aquí,
por ver que en la infanta has puesto
los ojos, y amando estorbas
este odioso casamiento.

De mi parte está seguro;
porque al paso la aborrezco
que en otra parte idolatro.

GASCÓN: Príncipe, ¿no ves aquello?
Retrato, viejo y papel
te acusan.

SIGISMUNDO: Ya sé el enredo,
Gascón, que en ayuda mía
anoche hicieron los cielos.
La sospechosa es Diana,
de mi amor y, por lo menos,
Lisena estará segura.

GASCÓN: Amor todo es embelecós.

REY: Príncipe.

SIGISMUNDO: ¿Señor?

REY: ¿Qué aguardas
si está tu esposa en mis reinos
y una jornada de aquí
que a verla no vas?

SIGISMUNDO: Sospecho...

REY: No hay que sospechar. Al punto
parte y quítala recelos;
que tu descuido habrá dado
materia a su llanto y celos.

Hablan aparte SEGISMUNDO y ALBERTO

SIGISMUNDO: ¿Qué responderé?

ALBERTO: Que vas

A verla, y juntos podremos,
contra caducos enojos,
entablar nuestros sucesos.

REY: ¿No partes?

SIGISMUNDO: Ya, Señor, parto.

REY: Fisberto, venid; que tengo
que deciros muchas cosas
concernientes al bien vuestro.

Vanse el REY y FISBERTO

SIGISMUNDO: Quédate, Gascón.

GASCÓN: De día

soy vigilia de este viejo
pues siempre le voy delante.

SIGISMUNDO: ¿Y de noche?

GASCÓN:

Tu linterno.

Vase GASCÓN

SIGISMUNDO: Partamos, pues, que Leonora y Hungría serán de Alberto, o no seré Sigismundo.

ALBERTO: Pon en mi cara dos hierros.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salen el REY, SIGISMUNDO, ALBERTO, LISENA, FISBERTO, GASCÓN, y DIANA y don SANCHO, de novios

REY: No poco contento estoy,
noble Sancho, bella Díana,
pues la hermosura alemana
al valor de España doy;
que de tan justos amores,
de tal marido y mujer,
me prometo han de nacer
valerosos sucesores,
que honrar mi reino procuren
y en la venidera edad
tengan en pie la lealtad
y esta corona aseguren.
Y pues de la parte vuestra
ya está cumplido mi gusto,
de la mia será justo
que de mi largueza muestra
de que soy buen pagador.
Sancho, servicios os debo,
dignos que al estado nuevo
que gozais, haga favor.

y ya al otoño me allego,
aunque al amoroso fuego
de esta belleza me abraso,
por más que la adoro tierno,
temo, aunque el alma la doy,
ver que en el otoño estoy,
y a las puertas de mi invierno.

Mas pues vuestra majestad
por cuenta suya ha tomado
el darme esposa y estado,
y ella, aunque en tan tierna edad,
por esos estorbos pasa,
tengo por cierto, y es justo,
que reducirá su gusto
al gusto de quien nos casa.

FISBERTO: Diana, conde, es discreta,
y conmigo ha consultado
cuán bien dice con su estado
vuestra edad sabia y discreta,
respondiendo yo por ella
a vuestra excusada duda;
que en tal acción el ser muda

hace a la novia mas bella.
En la juventud ha hecho
el Amor prueba infalible
de que es más apetecible;
mas no de tanto provecho
como la viril edad,
medio entre extremos viciosos;
pues si campos viste hermosos
la joven amenidad
del verano, y da en tributo
las flores que un aire seca,
el otoño cuerdo trueca
sus flores en fértil fruto
que a Ceres y a Baco alegre
sin que la vejez le espante,
porque a un otoño abundante
se sigue un invierno alegre.
Y así en el símil que toco,
Diana, que es de este acuerdo,
os ama por moral cuerdo,
más que por almendro loco.
DIANA: Habló mi padre por mí

como mi padre en efeto.
En su gusto comprometo
todo el del alma que os di,
rindiendo al rey, mi señor,
las gracias de haberme honrado;
que de tal mano, tal dado,
tal premio, de tal valor.

REY: Pues aun no os he dado a vos
ninguna cosa, condesa.

DIANA: Lo que mi esposo interesa,
es, gran señor, de los dos.

REY: No, razón es que por él
las arras pague; y así
os llamaréis desde aquí
duquesa de Florabel.

*Llegan a besar la mano al REY don SANCHO,
DIANA,
FISBERTO y LISENA*

FISBERTO: Dénos vuestra majestad

los pies.

REY: Lisena, ¿también

llegáis vos? Pero, hacéis bien.

¿Mercedes queréis? Alzad;

que de Mons la baronía

para dote vuestro os doy.

LISENA: A Alejandro excedes hoy.

SIGISMUNDO habla aparte a LISENA

SIGISMUNDO: ¡Ay prenda del alma mía!

¡Con qué venturoso engaño

de mi padre se ríe Amor!

Estorbos pone el temor

en mi provecho y su daño.

¡Casando a Dïana, entiende

que lo he de estar con Leonora!

Que eres tú mi esposa ignora

y, creyendo que me ofende;

no sabe que me asegura

cuando baronías te dé

y que yo el varón seré,
que he de gozar tu hermosura.

REY: ¿Cómo, príncipe, no dais
a don Sancho el parabién
si de su aumento y su bien,
como es razón, os holgáis?

SIGISMUNDO: (Fingirme sentido quiero
Aparte
de que Diana se case
para que adelante pase
el engaño de que espero
conseguir mi alegre intento.)
Vuestra majestad le ha dado
por todos...aunque excusado
fuera aqueste casamiento.

REY: ¿Por qué ocasión?

SIGISMUNDO: Yo la sé;
y aunque por no alborotalle,
en esta ocasión, la calle
algún día la diré.

SANCHO: No quiera Dios, gran señor,
que si esto no corresponde

a vuestro gusto...

SEGISMUNDO: Andad, conde.

SANCHO: ¿Qué causa a tal disfavor
he dado yo?

SIGISMUNDO: Bueno fuera
darme cuenta a mí, si es ley
que a vuestro príncipe...

SANCHO: El rey
Nuestro señor...

SIGISMUNDO: Bien pudiera
el rey, mi padre...

REY: ¿Qué es esto?

SIGISMUNDO: Sentimientos justos son.

GASCÓN: (¡Oh príncipe socarrón! Aparte

¡Miren qué mustio se ha puesto!)

REY: ¿No basta ser gusto mío?

SIGISMUNDO: Basta y sobra; pero...

REY: Andad,

y a su casa acompañad
los novios, infante. El brío,
príncipe, que os descompone,

ya yo sé de dónde nace.

Quien tan mala elección hace,
y a riesgo palabras pone
de su padre y rey, merece...

SIGISMUNDO: ¿Puedesme dar más castigo
que el que ahora usas conmigo?

REY: Paso.

SIGISMUNDO: Si intentas...

REY: ¡Parece

que los daños que prevengo,
te dan causa de atreverte!

Pues si eres príncipe, advierte
que otros hijos sin ti tengo
que me sucedan después,
y que sabré a alguna alteza,
cortándole la cabeza,
humillarla hasta mis pies.(

Vase el REY

SIGISMUNDO: Eres padre. No ha lugar

a que contra ti me ofenda.

*Al irse SIGISMUNDO pasa por junto a LISE-
NA y hablan
aparte*

¡Ay mi bien!

LISENA: ¡Ay cara prenda!

SIGISMUNDO: Todo esto es disimular.

SANCHO: (No entiendo aquestas eni-
mas.) Aparte

ALBERTO: Vamos, Condes.

Hablan aparte DIANA y LISENA

DIANA: ¡Qué discreto
guarda el príncipe el secreto,
Lisena, que en él estimas!

LISENA: Prudentemente ha fingido
lo que que me case siente.

FISBERTO: (Estorbé este inconveniente dando a Diana marido.

Ahora que tiene dueño,
el mirará por su honor.)

SANCHO: (¡Ay inconstante favor,

Aparte

cera al sol, tesoro en sueño!

¿Privar hoy y temer ya?)

GASCÓN: (¡Gentil enredo va urdido!)

Aparte

SANCHO: (¡De mí el príncipe ofendido!

Aparte

¡Válgame Dios! ¿Qué será?)

VANSE todos. Sale el marqués

ENRIQUE

ENRIQUE: Dos meses ha que importuno
y ausente, Amor, te has cansado,
porque ausente y olvidado
ya yo sé que todo es uno.

Principios tuve dichosos
que habrá deshecho la ausencia,
pues siendo correspondencia
los deseos amorosos
que la firmeza celebra,
¿quién los fiará de mujer
si en la ausencia es mercader
que en faltando el caudal, quiebra?
Bien llamarte fuego intenta,
Amor, quien tus llamas siente
porque el fuego al que está ausente
ni le abrasa ni calienta.
Y al cabo de tantos días
que Lisena no me vio,
¿quién duda que no dejó
mi amor, ni aun cenizas frías?
Mandóme que fuese el rey
a ver al emperador;
partí por su embajador;
su gusto tuve por ley.
Y habiendo en principios sido
venturoso pretendiente

de su amor, estando ausente,
ya todo se habrá perdido;
pues consintiendo en ventura
el amar y el pleitear,
¿Qué suerte puede esperar
el que pierde coyuntura?
Si otra vez mi dicha pruebo,
bien sé que mi amor dirá
"Pretendiente que se va,
que vuelva a empezar de nuevo."
Hacedlo así, pensamientos;
que cuando halláis derribada
la fábrica comenzada,
en pie os quedan los cimientos.

Sale GASCÓN, sin ver a ENRIQUE

GASCÓN: ¡Brava máquina levanta
sobre un engaño el Amor!
Peón soy de esta labor.
Cantera traigo que espanta.

Al príncipe vengo a dar
un recado de Lisena
que es la cal de aquesta arena
con quien se intenta mezclar;
y temo, aunque ando a destajo,
si el rey sabe este edificio,
que la obra ha de hacer vicio
y ha de cogermme debajo.

ENRIQUE: (Éste pienso que es criado
del padre de quien adoro.
Lo que sospecho e ignoro
sabré de él.) Hola, hombre honrado.

GASCÓN: Hombre, sí; que esotro no.

ENRIQUE: ¿No sois honrado?

GASCÓN: Con "hola"

no, que la honra viene sola;
y como "hola" me llamó,
no puedo ser hombre honrado;
que las "honras," como es cierto,
se suelen hacer a un muerto,
pero nunca a un "oleado."

ENRIQUE: ¡Buen humor gastáis!

GASCÓN: Por casto

los malos sudé primero
y a falta de otro dinero
humor es sólo el que gasto.

ENRIQUE: ¿No servís vos a Fisberto?

GASCÓN: Inmediatamente, no:
sirvo a sus caballos yo
porque los pulo y concierto.

ENRIQUE: ¿Sois lacayo suyo, en fin?

GASCÓN: En fin, no lo quiera el cielo.
Ser despensero es consuelo
que esotra plaza es ruín.

Basta que hasta aquí me vea
dando sus caballos ripio
y ser lacayo al principio
sin que al fin también lo sea.

ENRIQUE: A estar en mi casa vos,
yo os cumpliera ese deseo
porque en vuestro trato veo
donosas cosas, por Dios.
No debéis de conocerme.

GASCÓN: Si os saco por el olor,

me vais oliendo a señor.
Y si es que habéis menesterme
entre discreto y bellaco
os serviré de podenco
para todo lo mostrenco;
que por el olor lo saco.
Porque nunca los señores,
sino en las comedias, hablan
con lacayos, si no entablan
por sus medios sus amores.

ENRIQUE: Vos habéis dado en lo cierto.

GASCÓN: ¡Miren si lo dije yo!

Si es Diana la que os dio
en las mataduras, muerto,
o matado estáis en vano,
porque todo su desdén
paró en casarse, aunque bien,
con uno, que ni es verano
ni invierno.

ENRIQUE: ¿Casada está?

GASCÓN: Como venís de camino,
en todo sois peregrino.

La mano a don Sancho da
de Urrea, y es ya duquesa
de Florabel y Alba Real.

ENRIQUE: Es don Sancho muy leal,
y la sangre aragonesa
que ser le dio conocida,
y de reyes decendiente.

GASCÓN: Si fuérades maldiciente,
hiciérades de su vida
otro *Flos Sanctorum*.

ENRIQUE: Soy
de don Sancho muy amigo
y de sus hechos testigo.

GASCÓN: Las gracias por él os doy
y colijo que no estáis
de Diana enamorado
pues celos no os han picado,
y a su marido alabáis.

ENRIQUE: Acertáis como discreto.

GASCÓN: Según eso, de Lisena
debéis de ser alma en pena,
y que lo erráis os prometo;

que aunque el gusto os alborota
por las galas con que viene,
dicen que mas faltas tiene
que seis juegos de pelota.
Yo, como ladrón de casa
y que hablo con las doncellas
tal vez que asisten con ellas,
sé lo que en aquesto pasa.
Si adoráis madejas rizas
de sus espurios cabellos,
ajenos son los mas de ellos;
trae pantorrillas postizas;
tiene muchos excrementos,
muchos hoyos de viruelas;
hase sacado tres muelas
de achaque de corrimientos.
Tiene giba, bien que es poca,
calza diez puntos de pie,
y lo peor que de ella sé
es que la olisca la boca.
Y con todo eso, mil locos
andan muertos por su amor,

y estimaran por favor
que les diera un par de mocos.
Principalmente anda muerto
cierto título por ella,
que por casarse con ella
habló a su padre Fisberto.

ENRIQUE: ¿Cómo? qué decís? ¿Quién es
quien se casa con Lisena?

GASCÓN: (¡Picóle!) Aparte

ENRIQUE: Aquesta cadena
ha de ser el interés
por quien me habéis de decir
quién es el que se desposa.

GASCÓN: (No hay cosa mas provechosa
Aparte
como un discreto mentir.)

Ello ha de ir por aquí ya
aunque entredicho me han puesto.
Sabed que es el duque Arnesto
el que concertado está,
y el que a excusas de su padre
ha hecho las escrituras.

ENRIQUE: ¡Ciertas son mis desventuras!

GASCÓN: Si celos son mal de madre,
y vos os sentís celoso,
una tostada tomá...
y tras ella...

ENRIQUE: Calla ya,
coronista malicioso;
que aunque la ausencia crüel
haya podido mudarla,
solamente ha de gozarla
el marqués de Oberisel.

Vase ENRIQUE

GASCÓN: ¡Oste, puto! ¿El conde es éste
de Oberisel? El sobrino
del rey? ¡A mal tiempo vino!
Paciencia el príncipe preste,
si Enrique hablando a Fisberto
quiere ser el desposado;
que éste ama a lo declarado,

y el príncipe a lo encubierto.
Por disuadirle su amor,
faltas en ella fingí
y el picón al marqués di
del nuevo competidor
que con Lisena se casa.
A muchas cosas me atrevo;
pero todo se lo debo
al príncipe; pues si pasa
adelante este embeleco,
se trueca en reales y escudos,
Gascón, lacayo en menudos.
¿Paréceles barro el trueco?

Sale SIGISMUNDO

SIGISMUNDO: (Amor, de este laberinto,
si tú la mano me das,
saldré seguro.) ¿Aquí estás,
Gascón?

GASCÓN: Como se lo pinto.

SIGISMUNDO: Quimeras dificultosas
ha levantado mi amor.

GASCÓN: De príncipes es, señor,
intentar terribles cosas.

Diana y Lisena están
en este engaño conformes
y dicen que te transformes
en un fingido galán
de Diana, y en nombre suyo
corresponderá Lisena
entreteniendo tu pena
para que si el padre tuyo
acaso tu amor supiere,
vea que es mujer casada
la dama que es de ti amada
y que si casarte quiere
con Leonora, no podrá
impedirlo a questo amor.
Dejando a salvo su honor,
licencia a aquesto te da;
que a trueco de ver su hermana
reinar en Bohemia, intenta

tomar su amor por su cuenta
y así, ya sea en la ventana,
ya en papeles, ya en acciones,
y sujeto de tu amor
es Diana en lo exterior,
si bien en las intenciones
Lisena tu gusto obligue.
Será amor en tal quimera,
"a ti te lo digo, nuera... "
y lo demás que se sigue.

SIGISMUNDO: ¡Qué de ello debo a Diana!
El cielo me favorece;
premio excelente merece
quien hace tan buena hermana.
Fingirme su galán trato,
y con debido secreto
guardar el justo respeto
que pide el cuerdo recato
de don Sancho, que es su esposo
y el vasallo más leal
de Bohemia, y haré mal
si vive por mí celoso.

GASCÓN: A eso voy; que es cosa llana
si le damos ocasión,
que ha de echar el bodegón
don Sancho por la ventana.
Yo estoy en casa, y por mí
pasará aqueste embeleco;
que soy como puerto seco.
Lo que la he de decir di;
que aguarda como a las doce
la campana el motilón.

SIGISMUNDO: Esta noche mi afición
quiere que la dicha goce
de que hable a la ventana.
Dile a mi Lisena bella
que salga a las once a ella,
que se finja Diana;
que por ella la he de hablar.

GASCÓN: Basta, que en esta quimera
es Gascón la lanzadera.
¡Alto; urdir, y enmarañar!

Vanse los dos. Salen el REY y

ALBERTO

ALBERTO: Luego que vio a Leonora Sigismundo

y en ella el cielo mismo transformado,
trocó el primero amor por el segundo;
y la infanta, que es toda amor y agrado,
si tibia su descuido la tenía,
desvelos dio de nuevo a su cuidado.

Yo que la truje, gran señor, de Hungría
y en la continuación de su presencia,
veneno daba al alma cada día.

No pude hacer tan fuerte resistencia
que no diese esperanzas al deseo,
bien que pagando costas la paciencia;
pero, pues la ama Sigismundo, y veo
que ella se muestra noble, agradecida
a tu palabra y su amoroso empleo,
de pensamientos mudaré y de vida;
que no imposibles del amor escojo,
ni en tus remos la paz es bien que impida.
Si me perdonas el pasado enojo
y esta mano me pones en los labios,

ya que a tus pies con humildad me arrojó
jamás saldrá de tus consejos sabios
mi debida obediencia ni, atrevidos,
ofenderán tus canas mis agravios.

REY: A defetos, Alberto, conocidos,
siendo yo padre, no hay dudar que ofrezca
abrazos por enojos, entre olvidos;
que el príncipe, ya cuerdo, no aborrezca
lo que tan bien le está, me satisface,
y que a su amor Leonora el suyo ofrezca;
pero no los extremos con que hace
Sigismundo que entienda el caso poco
que de lo mucho que le quiero nace.
Di a Diana a don Sancho porque loco
con desigual amor, ofensa hacía
a mi palabra real; y aunque no toco
otros inconvenientes que podría,
basta la enemistad que ocasionaba
entre Bohemia, y su vecina Hungría.
Por esto, ¿es bien cuando de ver acaba
la infanta, que me dices que ya adora,
y en su hermosura mi elección alaba,

viendo a don Sancho con Diana agora,
en nudo conyugal e igualdad cuerda
público hacer lo que mi corte ignora?

¿El respeto es razón que así me pierda
el príncipe? ¡A su padre, Sigismundo!

¡Bien su obediencia con mi amor concuerda!

ALBERTO: No en tanta culpa como juzgas
fundo

su repentino enojo, si prudente
miras la mocedad que diste al mundo.

Vio a su dama casada de repente,
llegando en tal suceso descuidado;
quísola bien; no sale fácilmente
amor en muchos días arraigado.

Sintiólo. ¿Qué te espantas? Ya se olvida,
y el alma a su Leonora ha dedicado.

REY: ¿Es muy hermosa?

ALBERTO: (Aquí venís nacida,
Aparte
mentirosa invención.) Es un retrato
de Lisena.

REY: ¿De quién?

ALBERTO: No vi en mi vida en el cuerpo, en la cara, y en el trato dos símiles tan grandes. Esto es cierto. La verdad verás presto que te trato.

REY: ¿De Lisena, la hija de Fisberto

ALBERTO: Ésa es otra Leonora, otra belleza, y un tanto monta suyo.

REY: Suele, Alberto, de cuando en cuando hacer naturaleza, aunque es en variar tan admirable, igual conformidad de su destreza. No es el primero ejemplo--aunque es notable-- el que has visto en Leonora y en Lisena. Siempre la semejanza ha sido amable. Pero ¿cómo la infanta entrar no ordena en mi corte?

ALBERTO: De industria lo dilata; que su hermano, señor, la trae con pena. Vladislao, a quien la suerte ingrata en lo último tiene de la vida, antes que el tiempo el oro trueque en plata, es la ocasión que de su boda impida

las fiestas que la aprestas, por agora,
porque quiere que en todo sea cumplida
si muere Vladislao, y triste llora
su joven falta, cuando el reino hereda,
¿cómo podrá gozar fiestas Leonora?

REY: Es la infanta muy cuerda. Tiempo
queda

en que heredando el reino, que ya es cierto,
con sus bodas mi corte alegrar pueda.

Iréla a visitar mañana, Alberto,
por ver lo que a Lisena se parece.

ALBERTO: Y está puesto en razón.

REY: Saldré encubierta.

ALBERTO mira adentro

ALBERTO: El príncipe es aquéste.

REY: Pues se ofrece
a tan buena ocasión, hablarle a solas
pretendo. Véte, infante.

ALBERTO: (Alegre crece
Aparte
mi tímida esperanza entre tus olas,
Amor, piélago inmenso. Dame ayuda
pues sigo las banderas que enarbolas.
No mudes tu bonanza. Si se muda
el mar que con borrascas se levanta,
el viento en popa de tu gracia acuda.
La infanta quiero, Amor; dame la infanta.)

*Vase ALBERTO. Sale SIGISMUNDO, por una
puerta, y don
SANCHO por otra, y quédese viendo al REY
hablar con el
príncipe SEGISMUNDO*

SANCHO: (El príncipe se ha indignado
Aparte
porque de Diana soy
dueño, y aunque de ella amado,
si fe, sospechas, os doy

armas daré a mi cuidado.
Mas el rey está con él.
A darle satisfacción
venía... sospecha crüel,
dejad mi imaginación;
que alteráis su quietud fiel.
No revolváis tantas cosas,
todas contra mi sosiego;
que si pasiones celosas
de amor alteralc el fuego,
mis penas serán forzosas.
Oír quiero lo que tratan.

REY: Príncipe, si a libertades
que descompuestas maltratan
las reales autoridades
y de amor las llamas matan,
hubiera de dar castigo.
Mi enojo experimentaras,
no hijo, sino enemigo,
tanto que otra vez no osaras
descomponerte conmigo.
Mas soy tu padre, y así

templo leyes del rigor,
que me inclinan contra ti
porque está embotando Amor
hilos que al enojo di.

Hámele en parte templado
el haberme dicho Alberto
que de opinión has mudado,
y si, como afirma, es cierto
que a Leonora el alma has dado
y dejando otras quimeras,
hacer mi gusto codicias
trocando burlas en veras,
yo te perdono, en albricias
de que ya a la infanta quieras.

SIGISMUNDO: No puedo negar, señor,
que cuando en Diana vi
menospreciado el amor
que la he tenido...

SANCHO: (¡Ay de mí! Aparte
¿Qué oís, combatido honor?)

SIGISMUNDO: Sin consultar la prudencia
que justos respetos mira,

ofendí tu real presencia
dando ocasión a tu ira
mi alterada inadvertencia.
Mas lo que mi dicha gana
conozco y que se mejora
mi elección, hasta aquí vana,
pues restauro con Leonora
lo que perdí con Diana.

REY: No con eso satisfecho
das sosiego a mi cuidado.
Experiencia larga he hecho
que de un amor arraigado
reliquias conserva el pecho.
Nunca sale de raíz
una pasión encendida;
que en el hombre más feliz,
aunque se sane la herida,
se queda la cicatriz.
Solo en ti no ha de haber tal;
porque tu amorosa pena
ha de ser--o haráslo mal--
como quien pisa la arena

para borrar la señal.

Ya yo sé que de tal suerte
Diana te dio cuidado,
que a no impedirlo la suerte,
tú vivieras mal casado
y aceleraras mi muerte.

Lo que en el jardín pasó
sé también, y que por poco
te hallara en él, cuando entró
Fisberto, y de tu amor loco
los claros indicios vio.

Él, con prudencia y recato,
dio a su hija igual marido,
y ella a ti te da en barato,
pues juego su amor ha sido,
este papel y retrato.

Don Sancho es noble y leal;
Diana es ya su mujer.
Tú tienes esposa igual;
ángel de guarda ha de ser
suya mi respeto real.
Si contra su honor porfías

y otra vez encender piensas
memorias que afirmas frías,
de don Sancho las ofensas,
no son tuyas, sino mías.
Ella tiene esposo honrado,
y para que no la ofendas,
tu papel te da, y traslado;
que pues te vuelve las prendas,
su amor ha desempeñado.
Si en papeles y pinturas
censo su amor quiso echar
y redimirle procuras,
ya como censo al quitar
te vuelve las escrituras.
Rásgalas; que en esto fundo
tu dicha, y no seas ligero;
que en agravios, Sigismundo,
si te perdono el primero,
no sé lo que haré al segundo.

*Déjale al príncipe el papel y el
retrato, y vase*

SIGISMUNDO: (Todo lo va haciendo Amor
Aparte
a medida del deseo.)

SANCHO: (¡Ay sospechoso temor!
Aparte

¡Que mala información veo
sustanciar contra mi honor!
Jardín, retrato y papel
tienen mi ventura en calma,
siendo en pleito tan crüel
tres enemigos del alma,
y tres testigos en él.
¿Esto es, cielos, ser casado?)

Sale GASCÓN

GASCÓN: Brevemente, que me llama
cierta prisa...

SANCHO: (¿No es criado Aparte
te
de mi casa éste?)

GASCÓN: ...a tu dama
di, príncipe, tu recado,
y responde que te espera
esta noche en la ventana.
Prosigue con tu quimera,
y hablarás una Diana
que es tercera y es primera;
Que aunque en casa hay nuevo dueño;
tú eres más antiguo en ella,
y estotro en tiempo pequeño,
aunque tiene esposa bella,
por más bello tendrá el sueño,
pues no hay más blandos colchones
para dormir, que los años.

SIGISMUNDO: Gascán, las obligaciones
pagaré de estos engaños.

GASCÓN: Honrarás a los GASCÓNes.
¿Qué es lo que metes ahí?

SIGISMUNDO: El retrato y el papel,

que a mi amado dueño di.

Hace que los echa en la faltriquera y cáensele al suelo

GASCÓN: Que diera en tierra por él
esta máquina entendí;
pero bien se ha remediado
a costa de un casamiento
un condado y un ducado.

SIGISMUNDO: Díerale yo, Gascón, ciento,
por salir de este cuidado.
Vamos, que ya es tarde, y quiero
vestirme de noche.

GASCÓN: Y yo,
que te sirvo de tercero,
¿tengo de medrar?

SIGISMUNDO: ¿Pues no?

GASCÓN: ¿De lacayo a caballero?
¡Bravo salto!

SIGISMUNDO: Ya te vieras

rico, si no me importara
tanto, Gascón, que estuvieras
en su casa.

GASCÓN: Es cosa clara,
porque a no estarlo, no hubieras
logrado tanta fatiga.

Si medro de aquestas trazas,
por armas pondré una higa,
y a sus lados dos almohazas
con una letra que diga,
"Para Carola."

SIGISMUNDO: ¿A qué fin?

GASCÓN: Háceme trampas.

SIGISMUNDO: ¿Y tú
las sufres?

GASCÓN: No, que es ruín.
Escupióme y dijo, "¡puh!"
Testigo todo un jardín.

Vanse los dos

SANCHO: Qué bien, honra, os acomoda
el rey, autor de mi queja,
pues casándome, aun no os deja
gozar el pan de la boda!
Mi tragedia escuché toda.
¡Nunca el rey me diera estado,
mujer, privanza y ducado!
Pues si me desacredita
y advierte lo que me quita,
¿qué vale lo que me ha dado?
La mujer más noble y bella
¿qué valor nunca ha tenido;
pues al más bajo marido
le dan dineros con ella?
La privanza que atropella
títulos, ¿de qué interés,
cielos rigurosos, es,
pues en el más alto puesto
para que caiga más presto,
de grillos sirve a los pies?
¿De qué estima es el estado

que el rey puede dar mejor?
¿Ni qué valdrá, si el honor
cae por él de su estado?
Honra, cuanto nos han dado,
todo os incita a caer:
La privanza es Lucifer
que cae al paso que sube,
el estado rayo en nube,
torre en viento la mujer.
El retrato y papel son
éstos que a mis pies están.
Cayéronsele, y querrán
a mis pies pedir perdón.
Mas no; que en esta ocasión
donde su ser mi honra pierde,
áspid entre la flor verde
mi desventura los llama;
que porque muera mi fama,
sube al pecho, y el pie muerde.
Casóme el rey sin mi gusto;
Diana es moza y hermosa,
mi edad poco apetitosa

lazo desigual e injusto;
mozo el príncipe y robusto
sin respetos el poder;
él amante, ella mujer,
y conformados los dos...
Honra, sospechadlo vos;
que yo no os oso ofender.
En el jardín ¿no se vieron?
¿Luego es cierto? Calla, lengua;
que publicarán mi mengua
las paredes que te oyeron.
¡Ay cielos! Si allí estuvieron...
y el príncipe gozar pudo...
Al pronunciar esto, un ñudo
de mi garganta es cordel;
mas dígalo este papel
que da fácil y habla mudo.

Lee

"Mi padre el rey, prenda mía

*me da esposa, y no sois vos,
como si Amor, siendo Dios,
preciase estados de Hungría."*

No es deidad la tiranía.

Ese atributo condeno;

justicia guarda el que es bueno.

De Diana soy señor.

O no os llaméis dios, Amor,

o no apetezcáis lo ajeno.

Lee

*"Antes que llegue este día,
esta noche Amor concierta
daros la posesión cierta..."*

¿Qué aguardáis, sospecha fría?

¡Posesión! ¡Ay honra mía!

¡Justo temor os espanta!

Lee

*"Porque en viniendo la infanta
halle cerrada la puerta."*

La muerte la hallará abierta,
si averiguo afrenta tanta.

Lee

*"La mano os tengo de dar
sin poner mi amor por obra;
que no soy como el que cobra
sin intención de pagar."*

Volved, honra, a respirar;
que si contra el común uso
su amor por obra no puso
y vos os quedáis en pié,
yo, honra, os defenderé
sin que me tengáis confuso.

Lee

*"Sólo os quiero asegurar
que en honesto amor me fundo."*

Mentido habéis, Sigismundo,
pues me queréis deshonorar.

¿Qué crédito os puedo dar,
papel, viendo que mintió
la mano que os escribió?

¿A quién creerá, aunque lo ignora,
si intenta gozarla agora,
que entonces no la gozó?

No leo más. En conclusión,
de mi sospecha haré alarde;
que no hay amante que guarde
palabras en la ocasión.

Valientes excusas son
las que este papel me enseña;
pero no es señal pequeña
las prendas que en contra están,
que adonde prendas se dan,
alguna cosa se empeña.

Vos, retrato, habéis estado

en su poder y su pecho
y, habiendo asiento en él hecho,
la posada habéis pagado.
No sois vos el descartado,
sino yo; que a toda ley
si el Amor no guarda ley,
¿quién duda, aunque os halle aquí,
que me descartará a mí,
por quedarse con un rey?
Esta noche se han de hablar.
Ya Sigismundo previno
el traje a su desatino.
¡Honor, hacer, y callar!
El silencio sabe obrar;
indicios he visto llanos;
si a pensamientos livianos
obras aplica en mi mengua
Diana, calle la lengua
porque el honor todo es manos.

*Vase don SANCHO. Salen DIANA y
LISENA*

DIANA: En fin, ¿esta noche, hermana, viene Sigismundo a hablarte?

LISENA: Y el nombre tengo de hurtarte siendo sólo en él Diana.

DIANA: Provechosa es la invención.

LISENA: Sí, que si a saberlo viene el rey, que sólo ojo tiene a que llegue a ejecución el casarle con Leonora; viendo que ya tú lo estás e impedirlo no podrás.

Cuando sepa que te adora, reparará poco o nada; pues cuando te ame y le quieras, lo que doncella impidieras no lo has de impedir casada.

DIANA: Deseo tanto, te prometo, esto de verte reinar, que en fin, como ha de durar poco, y con tanto secreto,

consiento en aqueste engaño,
como no toque al decoro
de don Sancho; que le adoro
ya como si hubiera un año
que por dueño le deseara.

Tan señor se hizo de mí
que desde que no le vi
como si un siglo tardara,
maldiciones echo al sol
porque su curso no pasa;
que en fin de noche está en casa.

LISENA: Es discreto y español.
Hace gran ventaja España
en amar, a otras naciones;
que fértil es en varones.

DIANA: Don Sancho, Lisena, engaña
los años con el buen gusto,
la alegre conversación,
la apacible condición;
y yo, en fin, que de esto gusto,
vivo contenta y segura
sin que me inquieten desvelos;

que Amor mozo, todo es celos
y el mío todo es ventura.

LISENA: ¡Ay qué casada tan buena!
El Amor lleve adelante
amor tan fino y constante.

DIANA: Y porque el tuyo, Lisena,
no pierda ocasión por mí,
irme y dejarte pretendo.

Mi honra y nombre te encomiendo

LISENA: ¿Pones más que el nombre aquí?

DIANA: ¡Corre riesgo, y me da pena!
Guárdamele, y no te asombre
porque quien tiene mal nombre,
nunca cobra fama buena.

*Vanse las dos. Salen ALBERTO y SIGIS-
MUNDO, de
noche*

ALBERTO: Hice al rey creer, en fin,
que Lisena de la infanta
era, príncipe, un retrato,
y admirable semejanza.

Creyólo, y determinó
irla a visitar mañana
a Valdefiores, en donde
tendrán fin estas marañas.
Leonora que mis deseos
con otros iguales paga
y procura reducirlos
al yugo que Amor enlaza,
sabe todas estas cosas,
y a cuantos tiene en su casa,
porque por ellos no pierda
nuestra maranosa traza.
Ha mandado que prosigan
con este engaño y aguarda,
para industrialarla en el caso,
que lleves alla tu dama.
Comunicará con ella
las acciones y palabras,
que al rey tiene de decir
para que no caiga en falta;
y porque no se descubra
esta ficción por su causa,

encerrándose, no quiere
que entre nadie a visitarla.
Esto excusa con decir
que no es razón, siendo hermana
del príncipe Vladislao
cuya muerte malograda
sabe ya por cosa cierta,
dar a visitas entrada
divirtiéndolo el sentimiento,
que es justo la aflija el alma.
Como ha tan poco que vino
y llegó tan recatada
que no hay ninguno en Bohemia
que le haya visto la cara,
por todo el reino ha corrido
esa mentirosa fama
y todos creen en la corte
que en Lisena se retrata.
Lo que falta, hermano, agora,
es que con brevedad vaya
y a Leonora comunique,
pues es poca la distancia,

que supuesto que su padre,
de la corte y de su casa
ausentándose, se emplea
ya en su hacienda, ya en la caza,
diciendo que parte a verla
y, ayudando a esto Diana,
sin dar lugar a sospechas,
dulce fin tendrán tus ansias.

SIGISMUNDO: Peregrino ingenio tienes.

¡Disposición extremada
y a medida de mi gusto!
Con Gascón haré avisarla;
que no fío este secreto,
aunque agora vengo a hablarla,
supuesto que oyen las piedras
de paredes y ventanas.
Mas oye, que viene gente.

*Hablan bajo los dos. Sale ENRIQUE de
noche*

ENRIQUE: (¿Posible es, Lisena ingrata,
Aparte
que en una ausencia tan corta,
olvidándome, te casas?
Mas es poderoso Arnesto.
Un duque ¿qué no contrasta?
Una ausencia ¿qué no olvida?
Un interés ¿qué no alcanza?
Quien no parece, perece.
Ausente el fuego, no abrasa;
anublado el sol, no alumbrá;
la ausencia es nube pesada.
Comenzábate a servir;
tú a quererme comenzabas;
si me ausente a los principios
y lo poco casi es nada,
¿qué me quejo, qué te culpe?
Maldiga Amor la embajada.
El camino Amor maldiga,
y al rey que de ella fue causa.
Pero ¿qué gente es aquésta?
Mas si el duque a Lisena ama,

y es justicia Amor que ronda,
mi pregunta fue excusada.

Mataréle. Pero no;

que si los celos me agravian,
celos con celos se vengan
no con desiguales armas.)

¡Ah de la calle! ¿Quién son?

SIGISMUNDO: ¿Quién lo pregunta?

ENRIQUE: Quien pasa
desde el amor al olvido.

SIGISMUNDO: ¡Extraordinaria distancia!

ENRIQUE: ¡Notable! Pero vos, duque,
sois ocasión de que la haya
y que yo entre estos extremo
experimente desgracias.

SIGISMUNDO: ¿Yo soy duque? ¿Conocéis-
me?

ENRIQUE: Disimuláis nombre y habla,
duque Arnesto que, aunque a oscuras,
los celos son luz del alma.

Ya sé que tan adelante
lográis vuestras esperanzas

que Fisberto os da a Lisena
y con vos honra su casa.

SIGISMUNDO: (¿Cómo es esto?)

Aparte

ENRIQUE: Y también sé
que si en la de amor guardaran
antigüedades, pudiera
la mía haceros ventaja.

Escrituras tenéis hechas...

¡Ay cielos, quién las rasgara!

En secreto os casáis, duque,
celos públicos me matan.

Porque vuestro padre viejo
lo ignore, habéis dado traza
de casaros de esta suerte;

mas como nadie las guarda,
las plumas con que se hicieron
vuestras escrituras, andan
para publicarla a voces
en las alas de la faena.

A ser yo celoso al uso,
vuestras dichas estorbara;

favores mi amor fingiera
que a Lisena deshonraran.
Pero no lo quiera Dios;
que soy noble, y aunque ingrata
ella, es espejo de honor,
si ejemplo de la mudanza.
A servirla comencé;
principios tuve en su gracia,
ausentéme, entrastes vos,
y amores que no se arraigan,
hiélanse con una ausencia.
Casáos, Arnesto, gozadla
pues que sois más venturoso;
que cuando vos saquéis galas,
hagáis fiestas, deis libreas,
podrá ser, y Dios lo haga,
que os corte funestos lutos
la muerte que me amenaza.
Deudo soy cercano vuestro;
mas si amor deudas os paga
a letra vista de gustos,
y en Lisena os da libranzas,

¿qué os importará mi muerte?
Pues cuando sintáis mi falta,
nunca mucho costó poco.
Lo más caro más se ama.
Logre el cielo vuestra suerte;
que yo para no estorbarla,
de vos envidioso y de ella,
iré a repasar desgracias.

Vase el marqués ENRIQUE

SIGISIMUNDO: Alberto, ¿no escuchas esto?
¿No oyes que a Lisena casa
en secreto con el duque
su padre, y que desbarata
la máquina de mi amor?
¿No oyes confirmar palabras
en contratos y escrituras?

ALBERTO: Ya lo oigo.

SIGISMUNDO: Pues ¿qué aguardas,
infante? Dame la muerte.

Saca aquese acero, saca
este corazón, primero
que el duque con esto salga.

ALBERTO: No sé, por Dios, qué sospeche
de estas nuevas disfrazadas
sin conocer al autor
ni el efecto a que se causan.

El duque Arnesto es mi amigo
y hasta aquí no sé que haya
tenido amor, que es señal
que sale luego a la cara.

¿No podrá ser que éste sea
algun burlón de éstos que andan
dando picones de noche
y cifran su trato en gracias?

SIGISMUNDO: No, hermano. Verdades son,
en mi daño averiguadas
todas cuantas éste ha dicho;
ni las finge, ni me engaña.

ALBERTO: Pues bien, cuando verdad sea,
Lisena ¿está ya casada?
¿Aborrécete por dicha?

SIGISMUNDO: ¡Ay Alberto! No sé.

ALBERTO: Calla,

y procura hacer de suerte
que a ver a Leonora vaya;
que si ella su intento ayuda
y te desposas mañana,
¿qué celos hay que te inquietan
ni qué escrituras que valgan
contra consumados gustos
y dichas anticipadas?

SIGISMUNDO: Es así; mas ¿qué sé yo
si su padre y la mudanza
habrán hecho lo que suelen?

ALBERTO: Gente siento a la ventana.
Si es ella, buena señal,
Sigismundo, es que te ama.

SIGISMUNDO: ¿Y si viene a despedirme!

ALBERTO: ¡Bueno es que te persuadas
a que Lisena es tan necia
que más estimación haga
de un ducado que de un reino!

SIGISMUNDO: No sosegaré hasta hablarla.

*Sale don SANCHO, como de noche, y LISENA,
a una
ventana*

SANCHO: (A desengaños tan ciertos

Aparte

y a sospechas confirmadas,
¿de qué sirve, honor, buscar
tanto indicio, prueba tanta?

Pero si sois juez, hacedlas;
que todas son de importancia
hasta cerrar el proceso,
y ejecutar la venganza.

¿Si habrá el príncipe venido?
Mas éste es; que quien agravia,
y más en casos de honor,
diligente se adelanta.

La ventana está también
por mi deshonra ocupada.
Escuchad, silencio cuerdo;

que el dar voces es infamia.)

LISENA: (Hablar sentí a Sigismundo.)

Aparte

¿Sois vos, Señor.

SIGISMUNDO: ¿Es Dïana?

LISENA: Soy, y no soy.

SIGISMUNDO: Ya lo entiendo;
mi amor ese enigma alcanza.

SANCHO: (Sospechas, ya no hay excusa.

Aparte

No salieron, honor, falsas
las nuevas de mis desdichas;
que no mienten, si son malas.)

LISENA: ¿Cómo estáis, mi bien?

SIGISMUNDO: Quejoso.

LISENA: ¿Por qué ocasión?

SIGISMUNDO: Porque asalta
mi ventura un dueño antiguo
que me atormenta y os ama.

SANCHO: (Como soy su esposo yo,

Aparte

y dueño de aquesta casa,

antiguo en años y en penas,
su dueño antiguo me llama.)

LISENA: ¿Yo dueño antiguo y no vos?

SIGISMUNDO: Sí, crüel, que me amenaza
con casamientos que estorban
el lograr mis esperanzas.

SANCHO: (¡De mi casamiento tiene

Aparte

celos! ¡Nunca se enlazara
mi libertad, ya cautiva,
en redes que el honor matan!)

LISENA: Yo no conozco otro dueño,
ni mientras influya el alma
vida en este corazón,

como amor dentro de llamas
reconoceré otro esposo,
ni daré a otro amante el alma,
que no fuere Sigismundo;
si es querer probarme, basta.

SIGISMUNDO: Luego el duque que os adora,
¿no es dueño vuestro?

SANCHO: (¿Qué os falta,

Aparte

sgravios, si a la vergüenza
por las calles mi nombre anda?

¡Nunca el rey me hiciera duque!

SIGISMUNDO: Disculpas tendréis pensadas;
diréis que de aquestas bodas
es vuestro padre la causa.

LISENA: Príncipe, yo no os entiendo;
si porque ya amáis la infanta
andáis mendigando excusas,
no me culpéis, y gozadla;
que yo me daré la muerte.

SANCHO: (¡Celos le pide la ingrata!)

Aparte

SIGISMUNDO: Diana, si es que a mi amor
queréis dar debida paga,
ocasión se ofrece.

LISENA: ¿Cómo?

SIGISMUNDO: Gozándoos.

LISENA: ¿Cuándo?

SEGISMUNDO: Mañana.

LISENA: ¿Dónde?

SIGISMUNDO: Yo os lo avisaré;
que en la calle es ignorancia
fiar secretos a piedras
que tienen ecos y hablan.
Estad, mi bien, prevenida
y, pues no teme quien ama,
no temáis inconvenientes
y adiós, porque vienen hachas.

Vanse SIGISMUNDO y ALBERTO

LISENA: ¿Qué celos, cielos, son estos
que mi dicha desbaratan?
Aguardar quiero este aviso,
y de él sabré estas marañas.
¿Qué duque es éste, que dice
Sigisinundo, que me llama
su esposa? Confusa voy.
¡Ay noche! ¡Qué de ello engañas!

Vase *LISENA*

SANCHO: Fuése el príncipe, y entróse
la que ocasiona mi infamia
y ciega se determina
quitarme el honor mañana.
¡Válgame Dios! ¡Que las leyes
del mundo fundado hayan
la honra en una mujer!
¡En una pluma liviana
el honor de tanto peso!
¡Cielo! ¿El matrimonio ata
con una tan frágil cuerda
que la más fuerte es de lana?
A cabo de tantos días,
honra por mí conservada,
con tanta industria adquirida,
ilustre con tanta hazaña,
¿un pensamiento os destruye?
¿Un soplo liviano os mata?
¿Un poco de viento os quiebra?

¿Una mujer os maltrata?
Mas sois de vidrio; ¿qué mucho
que si os derriba una ingrata,
cayendo el vidrio se quiebre,
y el honor pedazos se haga?
Mañana me ha de afrentar;
mañana ha dado palabra
de poner mi mal por obra.
Corta es, honor, la distancia.
Dadle la muerte. Mas ¿cómo?
Si ve el vulgo mi venganza
y estando hasta aquí secreto
mi agravio, le saco a plaza,
¿satisfaráse así? No,
que aunque mas le satisfagan,
en público siempre queda
la señal donde hubo mancha.
Secretos, buscad remedios;
discurrid, industria honrada.
No sepa de mí ninguno
cosa con que me dé en cara.
No ha de haber quien imagine

que una mujer alemana
osó afrentar atrevida
la honra y valor de España.
Pues si hoy no la doy la muerte
ha de afrentarme mañana;
si la mato, pregonera
saldrá en mi ofensa la fama.
¡Ah peligros del honor!
¡Nunca yo experimentara,
a costa de mi sosiego,
los daños que me amenazan!

Salen GASCÓN, con un hacha encendida

GASCÓN: Esto de aguardar señores
en el patio y con un hacha
hecho cofrade de luz,
por Dios, que es cosa pesada.

Sale CAROLA

CAROLA: Gascón, ¿ha venido el duque?

GASCÓN: ¿Quién lo pregunta?

CAROLA: Quien anda

buscando achaques por verte,

Gabacho de mis entrañas.

Un siglo ha que estoy sin ti.

Esto de tener en casa

dueño nuevo, descomulga

de los pajes las criadas;

y tú, como no me quieres

por ocasiones que haya,

aunque hecha un argos me veas

por corredores y salas,

sin volver a mí los ojos

como si yo te injuriara.

Como silla de dosel

te hallo siempre de espaldas.

GASCÓN: Hágase allá. No me toques.

CAROLA: ¡Ay traidor! ¿Así me tratas?

Pues ¿por qué?

GASCÓN: Como es-Carola,

sopean muchos su ensalada.

CAROLA: ¿Celitos?

GASCÓN: Hágase allá;

que la esconderé esta daga,
si llega, en los menudillos,
por lo que tiene de vaina.

CAROLA: Si te he ofendido en mi vida,
un rayo del cielo caiga
sobre... sobre...

GASCÓN: ¿Quién

CAROLA: El turco.

GASCÓN: Linda pieza, buena lanza,
¿qué es del listón que la di
para la cruz, esta pascua,
a costa de dos raciones?

CAROLA: ¿Listón?

GASCÓN: No estoy para gracias.

CAROLA: ¿El de carne de doncella?

GASCÓN: Ése mismo, mula falsa;

que pierde en ella ese nombre
y no quiero que le traiga.

¿Qué es de él?

CAROLA: Como me sangré
de un tobillo, estando mala
ayer, sirvióme de cinta;
y el barbero, que mal haya,
dijo que eran gajes suyos,
y dísele.

GASCÓN: Si se sangra
con barberos de palacio
y listón, a fuer de dama,
pique; que no pico yo
vena que está tan picada
por jardineros bufones.

CAROLA: ¡Ay qué testimonio!

GASCÓN: Vaya,
y no haga caso de mí,
que soy...

CAROLA: ¿Qué, Gascón del alma?

GASCÓN: Soy un puerco socarrado
unque ella no me socarra;
un monazo de Tolú,
y como seca en garganta,
soy escupido.

CAROLA: (¡Oste, puto!) Aparte
Gascón, ésa ha sido maula.
(Sopla vivo ha andado aquí.) Aparte
No hagas caso de palabras,
borreguito de mi vida.
GASCÓN: ¡Vive Dios...!
CAROLA: No chero: encaja.

Tómale la barba a GASCÓN

GASCÓN: ¡Que me engañe aquésta así!
CAROLA: ¡Ay, pichón...! ¡Ay qué barba!
No te ofenderé otra vez,
por esta bendita.
GASCÓN: Basta.
¿Querrásme, mucho?
CAROLA: Mu...chísimo.
GASCÓN: Si tanto en el "mu" te tardas,
vive Dios, que a perder me echas.
¿No ves lo que en "mu" me llamas?
CAROLA: Habló el buey, y dijo "mu."

SANCHO: (¡Miren cuál anda mi casa!

Aparte

Mas ¿qué mucho? Siempre imitan
las criadas a sus amas.)

Llegándose a GASCÓN y CAROLA

¿Qué es esto?

CAROLA: Gascón, señor...

GASCÓN: (Cogido nos ha en la trampa.)

Aparte

SANCHO: ¿Qué hacéis los dos aquí agora?

GASCÓN: Que vinieses aguardaba,
para alumbrarte.

CAROLA: Yo vengo,

como tanto te tardabas,

a saber si habías venido.

Mi señora me lo manda;

que está llena de recelos

y te espera desvelada.

SANCHO: Andad, subíos allá arriba.

*Vase CAROLA. GASCÓN quiere también retirarse,
y don SANCHO le llama*

SANCHO: Gascón.

GASCÓN: ¿Señor?

SANCHO: En España
no se usa hablar los criados
con las doncellas de casa
tan familiarmente.

GASCÓN: Aquí,
la llaneza de Alemania
todo esto, señor, permite.

SANCHO: ¡Es su gente en todo llana!
No estés en mi casa más.
Al mayordomo id mañana;
pagaréos lo que se os debe.

GASCÓN: Si otra vez me vieres...

SANCHO: Basta.

No subáis esta escalera
de aquí adelante...

GASCÓN: (¡Qué extraña Aparte
condición!)

SANCHO: Porque en subiendo,
bajaréis por la ventana.

GASCÓN: (De volatín me gradúa.)
Aparte

Salen DIANA y CAROLA

DIANA: Mi bien, esposo quien tarda
tanto en principios de gustos,
poco quiere.

SANCHO: ¡Oh, mi Diana!

Todas éstas son pensiones
del palacio y la privanza.
Yo me enmendaré otra vez
siquiera por no dar causa
q que bajen a buscarme
a la puerta las criadas;

que es bien estén recogidas.

DIANA: Yo me doy por avisada.

SANCHO: (Disimulad, cuerdo honor;

Aparte

vamos, discreta venganza.

Sin lengua os he menester

porque el prudente hace y calla.)

Vanse don SANCHO y DIANA

GASCÓN: Carola.

CAROLA: ¿Qué hay?

GASCÓN: Despedido

soy...

CAROLA: Dios le ayude.

Vase CAROLA

GASCÓN: ¡Oh, borracha!

¡Ayude! ¿Estornudo yo?

¡Medrado, por Dios, quedaba
a no tener de repuesto
un principazo! Bien haya
el que tiene dos oficios.
Ya renuncio el de las calzas.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salen LISENA y DIANA

LISENA: Hoy se truecan los temores
que te tienen con tristeza,
Diana, en gustos mayores.
Hoy han de llamarme alteza

las dichas de mis amores.
Hoy ha de envidiarme el mundo
las glorias que en mi amor fundo
y mi suerte venturosa
me tiene de ver esposa
del príncipe Sigismundo.
La infanta me envía a llamar;
vestida estoy de camino
porque he de representar
de un ingenio peregrino
una traza singular.
Que me parezco a Leonora
piensa el rey; Gascón agora
en cochero convertido,
a darme cuenta ha venido
de esta industria enredadora.
Mas si ya te lo he contado,
¿para qué te lo repito?
Tú, hermana, el reino me has dado;
en bronce la fama ha escrito
el amor que me has mostrado.
Tú has de reinar, que yo no;

pues jamás el mundo vio
hermana que tal hiciese
ni a tal riesgo se pusiese
cual tú, porque reine yo.

¿No celebras mis venturas?

¿No sientes el bien que siento?

¿Abrazarme no procuras?

DIANA: Con la sobra del contento
estás diciendo locuras.

Hasta que el fin de tu amor
asegure me temor,
no gusto, hermana, de nada;
que esta muy enmarañada
y dudosa esta labor.

Parte, Lisena, en buen hora
y Amor tu suerte asegure.

Habla a la infanta Leonora
y ¡ojalá no se conjure
de la Fortuna traidora
la inconstancia contra ti!

Que para premiarme a mí,
basta el ver que siendo alteza,

a coronar tu cabeza
te saca el cielo de aquí.
Mi padre está en el aldea
de Florel, y ansí diré
a mi don Sancho de Urrea
que a verle vas, porque sé
que tenerte allá desea.

Melancólico anda, hermana;
pensativas suspensiones
hacen mi dicha tirana.

Elévase en las razones;
no come de buena gana;
mal esta noche ha dormido;
óigole hablar entre sí
aunque nada he percebido.

¿Que he de hacer, triste de mí?
si algo de aquesto ha sentido,
y sospechas del honor
mi crédito en duda han puesto?

LISENA: Desenganos de mi amor
desharán, hermana, presto
las nubes de ese temor.

¿Hase mostrado alterado?

¿Mírate, el rostro torcido?

¿Cáusale el hablarte enfado?

DIANA: Don Sancho es cuerdo marido
y el cuerdo es disimulado.

No sólo no me aborrece,
sino que aumenta favores,
galas y joyas me ofrece,
díceme tiernas amores
con que el que le tengo crece.

Si pregunto qué ocasión
le tiene tan pensativo,
sus brazos respuesta son
en que amorosa recibo
segura satisfacción.

Al palacio y la privanza
culpa y eso debe ser
porque ninguno la alcanza
que no le inquiete el temer
vaivenes de la mudanza.

Sale GASCÓN, de cochero

GASCÓN: Ce, Lisena; ce, Diana!

¿Hay coco de quien temblar?

LISENA: Entra.

GASCÓN: De bellaca gana;
que nunca aprendí a saltar
y es muy alta esta ventana.

DIANA: Fuera está don Sancho.

GASCÓN: Pues,
dos damas de nuestra infanta
y un coche, esperan que des
principio a ventura tanta.
Alto, a subir, pues me ves
en cochero convertido.

LISENA: Hermana, dame esos brazos.

GASCÓN: (Carola, ¿adónde te has ido?

Aparte

Pagaréte a latigazos
aquel "pu," que me ha escocido.)

DIANA: ¿Adónde está el coche?

GASCÓN: Está

a la puerta del jardín.

Ya es tarde. Acabemos ya;
que ha de hacerme volatín
don Sancho si vuelve acá
y dame prisa esta pena.

DIANA: Vamos; que te quiero ver
partir a ocasión tan buena
que princesa has de volver
yendo no más que Lisena.

Vanse, y sale don SANCHO

SANCHO: En peligro, honra ofendida,
por una mujer andáis.
a la muerte, mi honra, estáis;
hoy no más os dan de vida.
¡Qué sana os conocí yo!
¡Con qué contento y quietud!
Mas la honra y la virtud,
¿cuándo en la mujer duró?
¡Ay leyes fieras del mundo,

de las de Dios embarazo!

¿Que hoy no más os da de plazo,
honra mía, Sigismundo?

¿Que hoy os tiene de dar muerte?

¿Que no admite apelación
su críel ejecución?

Buscaba una mujer fuerte
Dios, por la boca del sabio;
mas responderéisle a Dios
que no sois la fuerte vos,
pues me hacéis, Diana, agravio.

Hoy no más, honra, hay en medio.

¿Qué hacéis con tan corto espacio?

Quien va enfermando despacio,
busque despacio remedio;
que en leyes de medicina,
no es el médico prudente
que a enfermedad de repente
no da cura repentina.

Muera Diana lasciva

hoy, pues afrentarme quiere;
pero si en público muere,

quedará mi afrenta viva.

Mas no hará que el mundo alaba
al marido varonil

que su honra en sangre vil
de los adúlteros lava.

Mas ¿qué sangre habrá que pueda
lavarla si la divulgo

y en los archivos del vulgo
inmortal la mancha queda?

Manchas hay que salen luego,
si aplicarse el jabón sabe

mas ¿quién habrá que se alabe
de sacar manchas de fuego?

Pero ¡cielos! ¿quién no alcanza
que la ley del duelo admite,

porque el bonor resucite,
crueldades a la venganza?

Esto ¿no es el común voto?

Sí, mas si el honor se llama
frágil vaso de la fama,

vaso que una vez se ha roto,
aunque le suelde el cuidado,

no cobra el primer valor
ni es bien que quede el honor
como vaso remendado.
Si la doy muerte que asombre,
la corte, cuando me vea,
no de don Sancho de Urrea
conservaré el primer nombre;
antes de aquí temer puedo
que cuantos esto supieren,
dondequiera que me vieren
me señalen con el dedo
y digan, "Éste es aquél
a quien deshonoró su esposa."
Fama pues tan afrentosa,
nombre, cielos, tan crüel
que ha de quedar inmortal,
¿podré yo borrarle luego?
No, porque es mancha de fuego
que no pierde la señal.

Sale ORELIO, criado

ORELIO: No es honra muy de codicia
la que, después de azotado,
volverle al pobre ha mandado
en público la justicia.

SANCHO: ¿Qué es esto?

ORELIO: ¡Oh señor! Venía
riyéndome de una acción
que he visto, en satisfacción
de un azotado, este día.

Acudió a cierta pendencia
de noche un juez, y uno de ellos
le hirió, queriendo prendellos,
sin que de esta resistencia
se descubriese el autor.

El sastre nuestro vecino
--que si ya no es con el vino
nunca ha sido esgrimidor--
estando en su casa quieto,
fue sin culpa denunciado
de un enemigo taimado.
Prendiéronle, y en efeto,

la furia del juez fue tal
que sin formarle proceso
ni averiguar el suceso,
sobre el usado animal,
entre la una y las dos
le hizo dar aquella noche
un jubón, cual él se abroche
en galeras, ruego a Dios.
Como era entonces tan tarde
cuál o cuál tuvo noticia
del rigor de la justicia;
pero él, haciendo alarde
de su injuriada inocencia,
del juez se querelló
y ante el consejo probó
que cuando la resistencia
sucedió, estaba acostado
con que mandó el presidente,
en fe de estar inocente
y el juez haber mal andado
restituirle la honra;
y así por las calles reales

con trompetas y atabales
de la pasada deshonra
se purga, con gorra y calza,
en medio de dos señores,
donde de sus valedores
toda la chusma le ensalza.
Y cada cual admirado,
como no sabe quién es,
pregunta, "¿Cuál de los tres
es, compadre, el azotado?"
Y responden, "El de enmedio."
De modo que ya la fama
"el azotado" le llama.
¡Miren qué gentil remedio
de honrarle en mitad de día
si de noche le afrentaron,
y de los que le asentaron
cuál o cuál el mal sabía!
Hanle honrado, en fin, los jueces
y agora pasa esta calle;
mas yo digo, que el honralle
es afrentarle dos veces;

pues después de paseo
y soldado su desastre,
no le llamarán "el sastre,"
sino sólo "el azotado."

Vase ORELIO

SANCHO: "No le llamarán 'el sastre,'
sino sólo 'el azotado.'"

¡Bien que agravio publicado
añade a la afrenta lastre.

¡Ah, Orelio! ¡Y a qué ocasión
vino tu aviso discreto!

El agravio que es secreto,
secreta satisfacción

pide. Bien me has avisado.

Cuando al otro el juez honraba,
el vulgo ¿no preguntaba
que quién era el azotado?

Luego si en público os vengo,
agora, que cuál o cuál

de mi esposa desleal
sabe el daño, ¿qué prevengo?
El que me viere vengado
no dirá cuando me vea
"Éste es don Sancho de Urrea"
sino, "Éste es el afrentado."
Alto pues, honra discreta,
haced que lo sea mi furia;
pues es secreta la injuria,
mi venganza sea secreta.
Mirad que a aquel desdichado
que imita vuestro desastre,
no le llamarán ya "el sastre,"
sino sólo "el azotado."

Sale DIANA

DIANA: (Gracias al cielo que puedo,
Aparte
nombre mío, restauraros.
No pienso otra vez prestaros;

basta un peligro y un miedo.

Pero aquí mi esposo está
melancólico y suspenso.)

SANCHO: Darle agora muerte pienso.

DIANA: (¿Cómo? ¿A quién la muerte da?)

Aparte

SANCHO: Pero no ha de ser notoria
la causa por que la doy
porque con Diana hoy
he de enterrar su memoria.

DIANA: (¿A Diana ha de enterrar?)

Aparte

¿Y hoy ha de ser? ¡Ay de mí!

No en balde, cielos, temí
la ocasión de este pesar.)

SANCHO: Yo he leído de un marido
a quien un grande afrentó
que en secreto se vengó.

DIANA: (¡Que yo le ofendo ha creído!)

Aparte

SANCHO: Convidó, en medio el estío
a su enemigo a nadar

y, a título de jugar,
los dos entrando en el río
abrazándose con él,
a la mitad le llevó,
donde su injuria vengó
siendo sus brazos cordel,
y el verdugo su corriente.
Después salió voceando,
"¡Favor, que se está anegando
mi amigo, ayudadle, gente!"
Y con este medio sabio
dio nuevo ser a su honor,
paga justa al agresor,
y nadie supo su agravio.
Si no fuera Sigismundo
que deshonrarme intenta,
yo vengara así mi afrenta
y no la supiera el mundo;
mas es príncipe en efeto;
su sagrado es mi lealtad;
honra, otro medio buscad
y advertid que sea secreto.

DIANA: (¡De Sigismundo y de mí
Aparte

está celoso! Este engaño
al fin resultó en mi daño.

¡Ay, cielos!

SANCHO: También leí

que este marido prudente
después que dormida vio
su esposa, fuego pegó
al cuarto; que quien consiente
al agresor acompaña;
y cerrándola la puerta,
después que tuvo por cierta
su muerte, y la llama extraña
en cenizas esparció
su agravio, porque no hubiese
quien de él noticia tuviese,
desnudo, a voces pidió
agua; mas no tiene efeto
cuando la honra incendios fragua
y ansí del fuego y el agua
fió el honor su secreto.

Fuego, yo también le fío
de vuestra llama; y por Dios,
que a no ser, fuego, de vos,
de nadie fiara el mío.

Con ella abrasad mis lenguas,
vengad injuriadas famas...

Mas; ¡ay Dios! que vuestras llamas
tienen la forma de lenguas,
y que me afrenten presumo.

Mas si en iguales desvelos
suelen ser humo los celos
no haya llamas, sed todo humo.

DIANA: (¡A quemarme con la casa

Aparte

se dispone! ¿Qué herejía
cometéis, desdicha mía?

Contaréle lo que pasa;
que si hasta aquí fue prudencia
callar, ya no lo será.

Mi hermana a casarse va;
la ocasién me da licencia
descubrir este engaño;

pues habéis querido hacer
verdugos los elementos.
Si admiten satisfacción
vuestros injustos enojos
y no fiáis de los ojos
indicios de la opinión,
don Sancho, escuchad un poco.

SANCHO: (¡Ah secretos mal nacidos!

Aparte

Si el temor todo es oídos,
y el que consigo habla es loco,
¿no os pudiérades quedar
dentro del alma guardados?
¡Ved agora escarmentados
lo que importa el buen callar!)
Esposa del alma mía,
ya que escuchándome estáis,
no las quimeras temáis
que hace mi melancolía;
pues ni agraviado me quejo,
porque estéis, mi bien, culpada,
ni habrá quien me persüada

a que no sois claro espejo,
en que se mira el honor.
Pero como me casé
en años ya, y siempre fue
de mí estimado el valor
de la honra en tanto extremo,
por ver la desigualdad
de vuestra florida edad
y la mía, dudo y temo...
sin causa... pues si la hubiera
nunca un español dilata
la muerte a quien le maltrata
ni da a su venganza espera.
Melancólico, cual vistes,
entre mí, Diana mía,
estos discursos hacía:
propio efeto de los tristes.
Si el príncipe que, primero
que me casase, sirvió
a mi esposa e intentó
el dulce estado que adquiero,
con su intento prosiguiese,

y ella --que al fin es mujer--
de su edad y su poder
persuadida, me ofendiese,
¿con qué castigo discreto
sería bien me vengase,
sin que el vulgo me afrentase
ni hiciese agravio al secreto?
Y dije, "haciéndole ahogar."
Porque el agua, esposa mía,
que mudos los peces cría,
no lo había de hablar;
ni el fuego, que esteriliza
cuanto llega a su poder,
diera lengua a la mujer
esparciéndola en ceniza.
Esto en un esposo honrado
puede un agravio violento,
no más que en el pensamiento.
¡Ved qué hiciera averiguado!
Pero de imaginaciones
que conmigo a solas paso,
no hagáis vos, esposa, caso

cuando por tantas razones
vuestra lealtad e inocencia
satisfacerme procura;
pues no hay cosa tan segura
como la buena conciencia.

Vase don SANCHO

DIANA: ¡Con qué cuerdo y nuevo aviso
sus sospechas me ha contado!

Ni se dio por agraviado,
ni satisfacciones quiso.

Callaré, pues él lo hace;
que quien dé disculpas usa
sin pedir las, si se excusa,
neciamente satisface.

Hoy se tiene de casar
y ser princesa Lisena,
y hoy saliendo de esta pena
don Sancho, ha de averiguar
mi inocencia y dar sosiego
a su honrada confusión.

Mas antes de esta ocasión,

si llega a la casa fuego
y dentro de ella me ahrrasa,
siendo violento homicida,
¿no es razón, amada vida,
volver por vos y mi casa?
¿Quién duda? Si a Valdeflores
voy, donde mi hermana está,
y el cielo alegre fin da
a mi dicha y sus temores;
don Sancho, que ha de buscarme,
verá en un punto deshechas
sus aparentes sospechas,
despenarse y disculparme.
Éste es el mejor remedio.
Aseguremos así,
temor, la ocasión que os di,
y pongamos tierra en medio.
Repararé aquesta noche
a un tiempo el honor perdido,
y un engañado marido.

Llamando

¡Hola! Haced sacar un coche.

*Vase DIANA. Salen LISENA, de luto galán,
LAURINO y FULCIANO*

LISENA: De la princesa Leonora
estoy tan favorecida

que no pagaré en mi vida
lo que ;a debo en un hora.

¡Qué apacible! ¡Qué agradable!

¡Qué discreta! En fin ¡qué bella!

Si soy princesa por ella

y de esta industria admirable

llego el fin dichoso a ver

con que Amor mis dichas premia,

no princesa de Bohemia,

su esclava sí que he de ser

LAURINO: Vuestra alteza--que ya puedo
llamarla así--se asegure,

y en nombre suyo procure
proseguir con este enredo
que ella nos tiene mandado;
que hasta que esto se concluya,
como a la persona suya
la sirvamos.

FULCIANO: Avisado
tiene a cuantos la servimos
que Leonora la llamemos
y de esta suerte lo hacemos
los que en su casa asistimos.
Su alteza está retirada,
porque ninguno la vea
y este engaño mejor crea
el rey.

LISENA: ¡Llaneza extremada!
En fin, ¿que soy desde agora,
Leonora, infanta de Hungría

LAURINO: Leonora sois este día,
y princesa, gran señora.

Sale GASCÓN, de cochero

GASCÓN: Chapines he visto yo
de corcho y altura tanta
que a una enana hacen gigante;
pero ¿quién chapines vio
que puestos en la cabeza
--la corona lo ha de ser--
ensalcen a una mujer
tan alta, que ya es alteza?

LISENA: También, Gascón, para vos
de chapines servirán;
también os levantarán.

GASCÓN: Yo soy cochero. Por dios,
que Sigismundo me va
honrando, pues que me hizo
ser de un coche porquerizo.
"Coche, acá; coche, acullá."
Ya deseo que el rey venga
y, cumpliendo mi esperanza,
tenga fin aquesta chanza
y yo también premio tenga.

Sale el conde ENRIQUE

ENRIQUE: (Amor ciego, loco estoy.

Aparte

¿Cómo, rigurosos celos,
si el amante os llama hielos,
sbrasándome estáis hoy?

Sin saber adónde voy,
hasta aquí me habéis traído.

¡Que una ausencia haya podido
descomponerme tan presto,
porque funde el duque Arnesto
su amor y dicha en mi olvido!

¡Ah, Lisena! Vos seréis
ocasión de que yo muera
en la verde primavera

que ya agostar pretendéis!

Mas, ojos, ¿que es lo que veis?

¿No es ésta, confusos ojos
la causa de mis enojos?

Pero antojarasemé;
que Amor, como poco ve,
se suele poner antojos.
No, ¡vive el cielo! que es ella.
¿Si a ver la princesa vino?
No juzgueis a desatino
la verdad que miro en ella.
Ésta es su presencia bella,
sus dos soles son aquéllos,
su boca aquélla y cabellos,
aquéllas sus manos son;
pinceles de mi afición
lo afirman, y es bien creellos.

A ella

Mudable, di, ¿de qué fruto
me ha de ser tu vista hermosa
si, siendo del duque esposa,
das a mis celos tributo?
¿Por quién te vistes de luto?

Si por mí le traes, ingrata,
cuando Amor casarte trata,
y me has quitado la vida,
nunca suele el homicida
traer luto por quien mata.
¿Cómo, mudable, tan presto
--que este nombre es bien te aplique--
favores que gozó Enrique
los has reducido a Arnesto?
Si mi amor firme y honesto
olvidas en sólo un mes,
vencer puedes tu interés,
y a premiarme te resuelve;
vuelve a amarme, mi bien, vuelve;
no soy duque, soy marqués.
El rey me llama sobrino;
títulos tendré mayores.
Dame esos brazos, amores;
dame ese rostro divino.

A los criados

LISENA: ¿Qué es eso? ¿Qué desatino
a este hombre saca de sí?

¿Qué hacéis? Echadle de aquí.

LAURINO: Hola, despejad la sala.

GASCÓN: Vaya mucho enhoramala.

FULCIANO: ¿No es donoso el frenesí?

ENRIQUE: Villanos, viven los cielos,
si os descomponéis conmigo

que os haga dar el castigo

que dan a mi amor los celos.

¿Ansí pagas los desvelos
que ya, ingrata, desconoces?

Porque ajenos brazos goces,

¿no quieres darme los brazos?

GASCÓN: ¿Daréle de latigazos?

¿Echaréle de aquí a coces?

ENRIQUE: Tirana, pues hoy verán
cuantos en Bohemia viven,

mientras mi luto aperciben,

la muerte, de tu galán.

LAURINO: Éste debe ser truhán

del rey y, bufonizando,
se debe de estar burlando.

LISENA: (Bien le conozco. ¡Ay de mí!)

Aparte

Hola; echádmele de aquí;
que agora que estoy llorando
la muerte del malogrado
príncipe, no será bien
que con burlas causa den
a divertir mi cuidado.

FULCIANO: Tu esposo le habrá enviado
sin duda, porque tu alteza
divierta así su tristeza.

ENRIQUE: ¿Qué enredo es éste crüel?
¿Al marqués de Oberisel
no conocéis?

GASCÓN: ¡Linda pieza!

Toda esa gracia se enfría
porque aquí no ha de hacer baza
ni de su bufona traza
gusta la infanta de Hungría.
Guárdela para otro día

y desocupe este puesto.

ENRIQUE: ¿Quién es infanta? ¿Qué es esto?

LAURINO: Bien finge lo que no ignora.

Con la princesa Leonora
habláis; no seáis molesto.

ENRIQUE: ¿Qué princesa? ¡Vive Dios,
villanos...!

GASCÓN: Poquito a poco.

ENRIQUE: ¡Princesa! ¿Soy yo algún loco?

GASCÓN: Sois uno, y valéis por dos.

ENRIQUE: ¿No sois el lacayo vos
de Fisberto?

GASCÓN: Fui primero
su lacayo y ya cochero
de la princesa; que, en fin,
voy de rocín a ruín.

ENRIQUE: ¿No me conocéis?

GASCÓN: No quiero.

(Que si quisiera, bien sé Aparte
quién es el marqués Enrique.)

El seso tenéis a pique.

(Lindamente le engañé. Aparte

¡Bien la burla le encajó
de Arnesto!)

Voces dentro

VOCES: Plaza, que viene
el rey.

LISENA: (Aquí me conviene
Aparte
disimular.)

ENRIQUE: ¿No es Lisena
ésta? ¿Qué maraña ordena
matarme?

GASCÓN: ¡Buen tema tiene!

*Salen el REY, el infante ALBERTO, SIGIS-
MUNDO, y
ACOMPAÑAMIENTO*

REY: Alegrara, señora, su venida

a este reino que espera a vuestra alteza,
si la muerte del príncipe, afligida
no enlutara a tal tiempo su belleza.

Hablan aparte el REY y el infante
ALBERTO

No vi mujer jamás tan parecida
a Lisena, ni hará naturaleza,
Alberto, otro traslado semejante.

ALBERTO: Digno es de que la admire y te
espante.

A LISENA

REY: Pero pues nunca la Fortuna orde-
na
darnos cumplido el gusto, y es forzoso
mezclar con él aquesta justa pena,
de un hermano el pesar temple un esposo.

Aparte el REY y ALBERTO

Pienso que estoy hablando con Lisena
y, divertido con el talle hermoso
que en la princesa, copia suya, miro,
cuanto más la retrata, mas la admiro

ALBERTO: ¿No te lo dije yo?

LISENA: Con haber visto
a vuestra majestad, penas divierto,
el llanto enjugo y el pesar resisto
de Vladislao en tiernos años muerto.

GASCÓN: (¡Lindamente lo finge, vive Cris-
to!) Aparte

LISENA: Mas ya que no con lágrimas ad-
vierto

que al príncipe podré volver la vida,
yo olvidaré su falta, agradecida.

Pierdo un hermano que estimaba el mundo;
mas cobrando un esposo, con quien puedo
su muerte consolar, contenta fundo

mi dicha en él.

GASCÓN: (¡Famoso va el enredo.)

Aparte

LISENA: Quisiera yo ofrecer a Sigismundo con la corona húngara que heredo, el globo del imperio soberano que besara sus pies al dar mi mano.

SIGISMUNDO: Yo la beso mil veces, gran señora,

no de mandos ni imperios codicioso, sino de la hermosura en quien adora la dicha que me llama vuestro esposo.

ENRIQUE: (A Lisena trasforman en Leonora. Aparte

¿Qué enredo es éste, cielo riguroso?)

LISENA: Para vos, gran señor, mil fueran pocos.

ENRIQUE: (O yo lo estoy, o todos están locos.) Aparte

Hablan aparte SIGISMUNDO y LISENA

SIGISMUNDO: ¡Ay, dulce esposa!

LISENA: ¡Ay, príncipe querido!

Saque este engaño Amor a feliz puerto

SIGISMUNDO: Si hará, mi bien; que es dios
agradecido.

A ALBERTO

LISENA: Con vos este viaje, infante Alber-
to,

la viaje se llame entretenido.

ENRIQUE: (¡Que no estuviera agora aquí
Fisberto!) Aparte

LISENA: Mucho le debo en él a vuestra
alteza.

Ni su enfado sentí, ni su aspereza.

ALBERTO: Estar quejoso de él con razón
pude,

pues envidioso que os acompañase,

sus leguas abrevió.

GASCÓN: (¡Qué bien acude

Aparte
a todo la bellaca!)

ALBERTO: Y si durase
un siglo, me alegrara.

ENRIQUE: (No hay quien dude
Aparte

que aquesta no es Lisena. ¡Que esto pase
y se sufra en Bohemia! ¿Hay tal suceso?
Yo debo de soñar, o estoy sin seso.)

Reparando el REY en ENRIQUE

REY: ¡Marqués! ¡Sobrino!

ENRIQUE: ¡Gran señor!

REY: Parece
que triste celebráis esta alegría.

ENRIQUE: Ando sin ella, y por instantes
crece,

no sin causa, una gran melancolía.

favores usurpar de Amor desnudo.
Hasta el luto que traigo está injuriado
pues dice que si el traje alegre mudo
en él, es porque toda soy mudanza
y porque he dado muerte a su esperanza.
No se me acuerda el nombre que me llama,
puesto que en él mi ingratitude condena.
En conclusión, señor, sin ser su dama,
ni la culpa tener, llevo la pena.

Hablóme, en fin, por la persona que ama.

REY: ¡Donosa burla! Si os llamó "Lisena,"
no me espanto, Leonora, que se asombre.

LISENA: Sí, "Lisena" imagino que era nom-
bre.

REY: A todos nos causara el mismo en-
gaño
el conocer, señora, a vuestra alteza
no asegurara caso tan extraño,
milagro, en fin, de la naturaleza.

GASCÓN: (¡Qué fértil en mentiras corre el
año!) Aparte

REY: Hay, señora, en mi corte una belleza

imágen vuestra y semejanza en todo:
en la cara, en el talle y en el modo.

LISENA: ¡Válgame Dios!

REY: A quien aquesto ignora
difícil se le hará, si llega a veros,
distinguir a Lisena de Leonora.

SIGISMUNDO: Y aun a mí, que he llegado a
conocerlos.

LISENA: Ya no me espanto, si a Lisena
adora,

Enrique, vuestra suerte, que a atreveros
su desdén os obligue en nombre de ella.
Notablemente gustaré de vella.

ENRIQUE: Alto. Yo me engañé; ya ha
sucedido

una persona en otra retratarse.

Culpad mi engaño y condenad su olvido,
y si esta burla puede perdonarse,
perdón, señora, a vuestra alteza pido

REY: El suceso merece celebrarse.

LISENA: La ignorancia me hizo que no
hiciera

de vos el caso, Enrique, que debiera;
mas no tratando por agora de ésta,
el rey mi padre, en cuyo real estado
tengo de suceder por el funesto
fin del hermano mío malogrado,
me acaba de escribir que está dispuesto,
pues la muerte las cosas ha mudado,
de darme al de Polonia, porque quede
unida a Hungría, cuando el reino herede.
Mándame que le niegue a Sigismundo
la mano, cuando el alma le ha ofrecido;
de suerte que me da esposo segundo,
viuda sin bodas del primer marido;
y cuando me ofreciera todo el mundo,
una vez en el alma recibido,
fuera imposible echarle; que Amor ciego
tarde suele salir, aunque entra luego.
Por esto, y por no dar ocasión justa
a guerras, que al poder hacen tirano,
luego que supe su demanda injusta,
de esposa a Sigismundo di la mano.
Mi dueño es desde ayer, y si es que gusta

vuestra real majestad que el soberano
yugo de amor nuestras cervices ate,
no hay para qué la boda se dilate.

Publíquese en la corte que hoy pretendo
entrar en ella, el luto convertido
en galas reales y festivo estruendo,
pues la presteza su remedio ha sido.

REY: En vos, princesa, estoy a un tiempo
viendo

vuestra belleza, que el amor ha unido
a vuestra discreción. Bella y discreta
os llame el mundo. En todo sois perfecta.
No quiero encarecer vuestra prudencia.

La determinación ejecutada
fue importante, el amor por excelencia,
y mi injuria con tiempo remediada.

Vea mi corte hoy vuestra presencia.

Entrad debajo el palio, coronada
por princesa de un reino que mejora
su trono real, gozándole Leonora.

Yo voy a hacer la prevención debida
a vuestro casto amor. Príncipe, vamos.

SIGISMUNDO: Hoy, dulce esposa, en apacible vida

los trances fieros del Amor trocamos.

ENRIQUE: (¡Que ésta es Leonora, cielos!)

Aparte

GASCÓN: (Bien urdida

Aparte

hasta aquí tu maraña, Amor, llevamos.

¡Oh, Lisena taimada y socarrona!

Por pícara mereces la corona!)

Vanse todos. Sale don SANCHO

SANCHO: Hoy, honor, no moriréis.

Un día más os dan de plazo.

Sigismundo en Vadefflores,

hoy no os ha de hacer agravio.

Si mañana hacerle intenta,

yo le atajaré los pasos.

Castigue el fuego adulterios,

pues es elemento casto.

Asegurar a Diana

me importa; que si ha eschado

la muerte que darla intento
y siempre teme el culpado,
tiene de andar sobre aviso.
Con amorosos engaños
pienso quietar sus temores;
fingid que la amáis, regalos.

Llamando

¡Diana! ¡Mi bien! ¡Esposa!
¡Ay cielos! ¿Si la ha ausentado
su poca satisfacción;
que es propio de los pecados
el temer a la justicia,
verdugo que a cada paso
de sí mismo se recela,
y trae la soga arrastrando?
¡Cardenio! ¡Grisón! ¡Orelío!
¿No hay aquí ningún criado?

Sale ORELIO

ORELIO: ¿Qué manda vuestra excelencia?

SANCHO: Llamad mi esposa.

ORELIO: Buen rato

ha que en un coche salió
y ha ido, si no me engaño,
a Valdeflores.

SANCHO: ¿Adónde?

ORELIO: La fama que ha divulgado
que la princesa de Hungría
es de Lisena retrato,
la obligará, gran señor,
a ir a ver este milagro;
que se despuebla la corte
a lo mismo.

SANCHO: No me espanto.

Yo la mandé que lo hiciera;
que en término cortesano,
es bien que a Leonora vea.
Andad con Dios.

Ya ¿de qué sirve callar,
cuando las aves, los campos,
y las fuentes, que han de verlo,
deben ya de publicarlo?

Demos voces... Pero no;
más vale morir callando.

No os afrentéis a vos mismo,
perdido honor; lengua, paso
no en balde el cuerdo silencio
tiene en la boca un candado.

Silencio, deshonra mía,
hasta llegar a vengaros.

Dos modos hay de curar,
y milagrosos entrambos.

El preservativo es uno
con que se previene el sano
y se cura antes que llegue
el mal que está recelando;
porque el sangrarse en salud
suele excusar muchos daños.

Ya no podeis usar de éste;
tarde, honor, habéis llegado.

Enfermo por vuestra culpa
y por mi desdicha, os hallo.
Pues venga el segundo medio.
Procurad, honor, curaros
ya que en la cama caístes
de la deshonra y agravio.
Apliquemos medicinas.
Lo primero pues que os mando,
honor, es guardar la boca;
que no sana el desreglado.
La dieta es el remedio
más eficaz y ordinario.
Guardad, honor, pues, dieta
de silencio cuerdo y santo.
Pero es rigurosa cura;
¿qué médico tan extraño
no os ha, honor, de permitir
si estáis enfermo, quejaros?
Éntrase por las cavernas
de la tierra el viento vano
y, mientras no halla salida
con terremotos y espantos,

publica a voces su pena.
Tiembla el mundo, y echa abajo,
en fe de su sentimiento,
los edificios mas altos.
Apenas un aire leve
toca las hojas de un árbol
cuando todas se hacen lenguas
porque den voces sus ramos.
Braman celosos los brutos,
las aves se están quejando,
y a falta de lengua, en ecos
da gritos hasta un peñasco.
¿Y no queréis que me queje,
para que imite al caballo
de Troya, que mudo encierra
en el pecho a sus contrarios?
¡Oh, terribles agravios!
Mátanme el alma, y ciérranme los labios.
¡Diana con Sigismundo
su lascivo amor gozando,
mi limpia sangre ofendiendo,
y yo muriendo y callando!

¡Oh, España, madre de nobles!
¡Oh, Aragón, espejo claro
de la venganza que puebla
los verdes montes de bandos!
Ya no me tendrás por hijo;
ya habrán mi nombre borrado
tus libros de tu nobleza
mi memoria desterrando.
Paredes, ¿no habláis vosotras?
Sí; que por eso os han dado
orejas nuestros proverbios,
y quien, oye, que habla es claro;
por eso es sordo el que es mudo.
Tapices, ya se ha alabado
quien oyó vuestras figuras
y consultó vuestros cuadros.
Puertas, más de alguna vez
vuestros quicios avisaron
contra adúlteras ofensas
a maridos descuidados.
Ventanas, todas sois lenguas,
pues de noche vuestros marcos

oyen, para hablar de día,
los secretos que os fiaron.
¿En qué pared no se atreve
a hablar el carbón liviano,
o el hacha en lenguas de fuego
por escaleras y patios?
Las peñas, aves y brutos,
paredes, tapices, cuadros,
carbón, ventanas y puertas
todos hablan. ¿Y yo callo?
¡Oh terribles agravios,
mátanme el alma, y ciérranme los labios!
Pero si el silencio importa,
honor infelice, tanto,
y el buen callar siempre es cuerdo,
callemos, hasta vengarnos.
Disimulemos ofensas,
pues no estáis, honor, sano.
Tomad callando el acero
si queréis desopilaros.
Hablen todos, que son necios;
que a la cigüeña han pintado

por símbolo del prudente
los que sin lengua la hallaron.
Parecedla vos en esto,
honor; que el que está agraviado,
no es bien que al mosquito imite
que se venga voceando.
¡Ea, fuego, aquesta noche
el oro, que se ha mezclado
con la liga de mi afrenta
y la da quilates falsos,
acendrarán vuestras llamas
como quien quema el brocado
por librarle de la seda
si está viejo o se ha manchado!
Quememos una mujer,
seda frágil que mezclaron
con el oro de mi honra
para que quede acendrado;
y vos, lengua, a la prisión
donde os atan, retiráos
y dad todas vuestras veces,
como soléis, a las manos;

y vosotros, agravios,
vengad ofensas y cerrad los labios.

*Vase don SANCHO. Salen el REY y don
ENRIQUE*

REY: De vuestro engaño, marqués,
particular gusto tuve
y casi en el propio estuve
con saber que Leonora es
tan parecida a Lisena.

ENRIQUE: A mi costa se burlaron
con que no poco alimentaron
mi melancolía y pena.

La princesa, en fin, ha entrado
debajo del palio real,
al sol que la alumbra igual;
y el haber anticipado
sus bodas, fue de importacia,
que siendo, como es, mujer
mudara de parecer

--pues nunca tienen constancia--
y pudiera ser que diera
gusto a su padre, y causara
la guerra que estaba clara
si a Polonia se volviera.

REY: La vejez del rey de Hungría
le hace mudar de consejo;
yo, que en fin no soy tan viejo
la palabra estimo mía
más que cualquier interés
que recrecérseme pueda.
Sigismundo a Hungría hereda
con la princesa, marqués.

ENRIQUE: Ésta es, gran señor, que viene.

REY: Salgámosla a recibir.

ENRIQUE: Ya no hay para qué salir;
que en tu presencia la tienes.

*Música. Sallen muy bizarros LISENA y
SEGISMUNDO, de las manos. A su lado, DI-
ANA, el infante ALBERTO y
LEONORA de las manos*

LISENA: Déme vuestra majestad
las manos, señor, pues tengo
padre en vos, y dle Sigismundo
seguro y amado dueño.

REY: Ya el príncipe os dio la suya.
Yo los brazos os ofrezco
en que descanséis; que ha sido
prolijo el recibimiento.

SIGISMUNDO: Tendrá vuestra majestad
desde este punto sosiego,
viéndome puesto en estado
y que su gusto obedezco.

REY: A lo menos, no os tuviera
por obediente y discreto
a no salir del engaño,
Sigismundo, en que os vi puesto.
¿Tambien vos venís, duquesa,
con la princesa?

DIANA: Si veo
que lo es mi hermana, señor,

y que la obedece un reino,
¿qué mucho que la acompañe?

REY: ¿Qué decis, que no os entiendo?

DIANA: ¿No es la princesa mi hermana,
señor, que delante tengo?

REY: ¿Cómo, princesa? ¡Oh traidores!
¡Vive Dios!

ALBERTO: Tenga sosiego,
señor, vuestra majestad;
que Diana cree lo mismo
que creyó el marqués Enrique
porque entender la hemos hecho
que del príncipe es esposa.

REY: ¿Qué decís?

ALBERTO: Aquésto es cierto.

REY: ¡Donosas burlas nos hace
la similtud que vemos
en estas dos hermosuras!
Basta el engaño; no quiero
que Diana esté quejosa.
Decídselo.

ALBERTO: Señor, quedo.

REY: ¿Por qué la habéis de engañar?

ALBERTO: La princesa gusta de esto.

REY: Alto; el es su gusto, vaya.

Sale FISBERTO

FISBERTO: Antes que tal embeleco
resulte en daño del rey,

la he de matar, vive el cielo.

No quiero princesas hijas
por engaños.

REY: Pues, Fisberto,

¿qué enojos os alborotan?

FISBERTO: ¿Cómo, qué enojos? ¿No tengo

razón, señor, de quejarme

si sólo por mi consejo

no celebró con Dïana

el príncipe casamiento

y agora a Lisena ha dado

la mano, y en el soberbio

palio la apellida a voces
su princesa todo el pueblo?

ALBERTO: También le hemos persuadido
la burla y el caso mesmo
a su padre que a Diana.

REY: De regocijos es tiempo;
mas ya es bien desengañarle;
que no es razón que el buen viejo
se altere.

ALBERTO: ¿Qué? No, señor.
La princesa gusta de esto.

SIGISMUNDO: Templad, Fisberto, la ira;
que el rey mi padre ha dispuesto
esto por razón de estado.

FISBERTO: ¿Es esto cierto?

REY: Y muy cierto.

FISBERTO: Pues ya yo estoy sosegado.

Salen don SANCHO y ORELIO

SANCHO: (Mi alterado pensamiento,

Aparte

sin saber adónde voy,
me trae fuera de mí mismo.

Aquí está el rey, Sigismundo,
Leonora, el infante. ¡Ay cielos!

¡Y la ingrata de mi esposa!

¿Quién duda que ya habrán hecho
sacrificio de mi honor?

Pero si no le hay sin fuego,
callad, honra, que esta noche
seréis su ministro cuerdo.)

REY: Decid, príncipe, ¿quién es
esta dama a quien Alberto
trae de la mano, y su cara
obliga a amor y respeto?

LEONORA: Yo, gran señor, soy Leonora,
hija vuestra, que a dar vengo
al infante con la mano
de Hungría el antiguo reino.

REYL ¿Cómo? ¿Vos sois la princesa?

LEONORA: Amor, que todo es enredo,

cuando a vuestra corte vine
quiso--y yo se lo agradezco--
rendirle, a la gallardía
del infante, a quien yo tengo,
como esposo y señor mío,
apostado en mi pecho.

REY: ¿Luego Lisena es esotra?

SIGISMUNDO: Y esposa mía.

REY: Primero
que tal consienta, su muerte
servirá al mundo de ejemplo.

LEONORA: A vuestros pies, gran señor,
pido y suplico por ellos;
y si fuistes mozo, amante,
perdonad amores viejo.

REY: ¿Cómo yo había de sufrir
tal desigualdad?

LEONORA: Ya vemos
por la escalas de Amor
subir cayados a cetros.
Dos hijos que tenéis solos
dejáis nobles herederos

de dos coronas ilustres.

ALBERTO: La princesa gusta de esto.

LEONORA: Su perdón os pido en pago
de que por obedeceros,
desobedezco a mi padre,
y al rey de Polonia dejo.

REY: ¿Pues no amabas a Diana,
traidor?

SIGISMUNDO: No lo quiera el cielo.
Lisena sólo ha triunfado,
señor, de mis pensamientos.

SANCHO: (Honra mía, dadme albricias;
Aparte
que si lo que escucho es cierto,
yo haré a mi silencio sabio
de jaspe y marfil un templo.)

REY: Pues el papel y el retrato
que halló a Diana Fisberto
y el día que se casó
las muestras de sentimiento
que hiciste, ¿cómo se hermanan
ahora con este enredo?

LISENA: El retrato y el papel
Diana estaba leyendo
cuando entró mi padre airado
en nuestro jardín; y viendo
lo que guardarle importaba,
le metió, gran señor, dentro
de la manga en que le halló
mi padre.

DIANA: Y yo, que el deseo
de ver reinar a Lisena
he cumplido con aquesto,
sufrí, cuerda los agravios
de mi padre, y al secreto
encomendé la ventura
de este dichoso suceso,
pues de él a don Sancho ilustre
por señor y esposo medro.

GASCÓN: Yo doy fe, como escribano
corredor aunque cochero,
arcaduz, estafetilla,
y a pagar de mi dinero
que es verdad todo lo dicho.

REY: Alto; digno es este cuento
que se acabe en tragedia.

Leonora, por amor vuestro
los perdono.

SANCHO: (¿Veis, honor, Aparte
te

si el callar fue de provecho?

Hablen los otros maridos
en su afrenta y vituperio;
que hasta agora nadie sabe
sino el cielo y yo mis celos
que, en mi honra averiguados,
del alma alegre los echo.)

FIBBERTO: En fin, señor, consentís
que Lisena me dé nietos
que reyes Bohemia llame?

REY: Dios lo haga así, Fisberto.

ENRIQUE: ¡Buen retrato de Leonora!
Convertido se ha en Arnesto
el príncipe Sigismundo.

GASCÓN: Yo fui quien os di ese trueco.

Al príncipe SEGISMUNDO

Pero ¿cómo no me pagas
los jornales que merezco
de esta cántara acabada?

SIGISMUNDO: Hágote mí camarero.

ORELIO: ¡Cómo! ¡Un cochero!

GASCÓN: Pasito,
que el sol que alumbrando vemos
es más ilustre que vos
y su oficio es carretero.

ORELIO: Otro cargo pueden darle.

A LISENA

GASCÓN: ¿No es a su gusto este premio?

LISENA: Sí, Gascón.

GASCÓN: ¿Venlo vustedes?

La princesa gusta de esto.

SANCHO: (El celoso como yo

Aparte

calle y averigüe cuerdo
sospechas, mil veces falsas,

como las mías salieron;

y si fueren verdad, cobre

satisfacción con secreto;

que la pública da causas

a vulgo, siempre parlero.

Don Sancho soy. Si he callado

a vuestro gusto, por esto

al buen callar llaman Sancho.

En mí tenéis el ejemplo.)